FRANCISCO ORTEGA

PRÓXIMOS DÍAS

ZIG-ZAG

FRANCISCO ORTEGA

PRÓXIMOS DÍAS

ZIG-ZAG

© Francisco Javier Ortega Ruiz, 2021
Inscripción Nº 2021-A-3642. Santiago de Chile.
© de esta edición: Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 2021
I.S.B.N. edición impresa: 978-956-12-3578-6
I.S.B.N. edición digital: 978-956-12-3597-7
1ª edición: mayo de 2021.

Diseño y diagramación: Juan Manuel Neira Lorca.
Editora General: Camila Domínguez Ureta.
Editora Asistente: Camila Bralic Muñoz.

Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono: (56-2) 2810 7400.
E-mail: contacto@zigzag.cl | www.zigzag.cl
Santiago de Chile.

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización por escrito de la editorial.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Éramos Robinsons que, en lugar de quedar atrapados
en una isla, estábamos en nuestra propia casa.
No nos rodeaba el océano, pero sí la muerte…

H.G. Oesterheld

DÍA UNO

1

Y ocurrió el fin del mundo, pero no fue como nos contaron, porque el fin del mundo solo sucedió en el fin del mundo.

Si el comienzo es el tiempo más importante de todos, esta historia debería partir con la discusión que tuve con mi mujer minutos antes del apagón y de la primera nevada. No había sido un buen día, así que regresé temprano a casa. Aproveché el momento de soledad para tirarme en la cama, ver televisión y acabar un par de cervezas. Verano en Santiago de Chile, treinta y cinco grados a la sombra y recortes de presupuesto no era una buena aritmética, mucho menos olvidar un encargo de Leticia.

–¿Te acordaste de la plata para la señora Luisa? –me preguntó apenas apareció en la puerta del dormitorio. Venía de pasar toda la tarde en el cumpleaños de unos amigos de los niños, así que su ánimo estaba lejos de cualquier tipo de comprensión o cariño.

–Se me fue, disculpa…

–Por la cresta, Alberto, es lo único que te pedí –levantó la voz.

Le dije que no tenía para qué gritar, que a un par de manzanas había una estación de servicio con cajero automático, que me demoraba menos de media hora en ir y volver.

–No es el fin del mundo –a estas alturas el más sarcástico de los comentarios que pude hacer. El guionista de nuestras vidas a veces tiene el más cruel de los sentidos del humor.

–¡Ese no es el problema! –continuó chillando–, el que sea o no sea el fin del mundo… O que haya o no haya un cajero automático acá al lado. ¡Eso es una huevada! –al borde del grito–. Lo importante es que siempre se te van los detalles que tienen que ver con la casa y con la familia. Si te pido, como favor –subrayó–, que traigas la plata de la señora Luisa, lo mínimo es que lo hagas, no que llegues y te eches junto al control remoto a ver fútbol.

–No estaba viendo fútbol.

–¡Da lo mismo, no seas tan básico! Además, sabes que me carga que tomes en el dormitorio.

–Lo siento –traté de calmarla, de verdad no quería discutir–, voy a dejar la cerveza en el refrigerador y…

Antes de que alcanzara a levantarme de la cama, ella había agarrado la lata.

–¡Eres tan inútil! –bramó, mientras desaparecía por el pasillo–. Y yo estoy tan aburrida de todo esto –agregó en voz baja pensando que no la había escuchado.

Como tenía claro que el tango no había terminado, me puse de pie y busqué las zapatillas para partir lo antes posible hacia el cajero automático. Miré la hora, las nueve con diez minutos de la noche, al menos la temperatura ya estaba más soportable.

Leticia regresó cuando estaba terminando de atarme los cordones.

–Tuve un mal día –me anticipé, mejor no hubiese dicho nada.

–No solo tú, eres tan egoísta, huevón…

–No soy egoísta, solo te estoy contando algo.

Martita, nuestra hija mayor, apareció en la habitación. Pasó a un lado de su madre y la abrazó por la cintura.

–No peleen –nos pidió, mirando al suelo.

–No estamos peleando, mi amor –la tranquilizó Leticia.

–A veces el papá y la mamá tienen diferencias y deben discutirlas para solucionarlas. Ven, dame un beso –le pedí.

Martita se acercó y apretó su boca contra mi mejilla derecha. Le dije que era rico, ella que mi barba le picaba. Le indiqué que fuera con su hermano.

–Ves lo que consigues, que los niños sufran –continuó mi mujer apenas la niña salió de la zona de guerra.

–Leticia, por favor, yo no he empezado nada. Solo me olvidé de algo que tiene la más simple solución del mundo.

–¡Es que para ti todo tiene la solución más simple del mundo!

–¡Ok, tienes toda la razón, lo siento!

No tenía ánimo ni voluntad de seguir discutiendo, menos con ella. Sabía muy bien que, si continuaba apretando el piloto del gas, la chispa iba a reventar con recriminaciones del pasado, dramas del presente y temores del futuro.

No malentiendan, Leticia no suele ser así. Todo lo contrario. De hecho, es una de las personas más dulces del planeta, razón número mil por la cual me enamoré de ella. Pero bueno, todo el mundo tiene derecho a tener malos días y a mi mujer se le habían juntado muchos de esos malos días con el calor del verano. Hacía un mes, el colegio donde llevaba cinco años como profesora decidió no renovarle el contrato. Al principio lo tomó con bastante tranquilidad, la indemnización era buena y la idea de no tener que pasarse un año entero domesticando a un montón de adolescentes del barrio alto le parecía más que atractiva. Dijo que iba a estar mejor así, que aprovecharía de criar a Matías, nuestro hijo menor. Proyectó además que tras un año sabático iba a buscar algunas horas en colegios chicos, preuniversitarios o, quizás, universidades. Juró y rejuró (a mí, al resto de la familia y a sus amigas) que nunca más quería un contrato de ocho horas diarias. Pero pasaron las semanas y su ánimo empezó a cambiar. Reflotaron las eternas preguntas y el miedo a la incertidumbre: que por qué la habían echado a ella y no a otro, que se había equivocado de carrera, que era una inútil, que no estaba hecha para estar todo el día en la casa, que no se hacía más joven, que a dos años del COVID los sueldos se habían estancado. Y así las piezas del puzle empezaron a sumarse, una tras otra: el verano más caluroso de la última década, dos niños en edad de demasiada atención, temores del paso y peso de los días, qué sé yo.

Además, ni ella ni yo pasábamos por nuestra mejor época. No puedo decir que éramos infelices, solo que éramos y estábamos. Relación en velocidad crucero, el más cómodo y peligroso de los estados.

Once años casados y dos hijos: Martita, de nueve, y Matías, de cinco. Hace poco nos aprobaron un segundo crédito hipotecario y cambiamos nuestro departamento de Eliodoro Yáñez con Holanda, por una casa ley Pereira en una calle paralela a Tobalaba, a pasos de Pocuro, cerca de supermercados, del metro y de un par de buenos colegios: el mundo perfecto para una joven familia de clase media alta de este angosto y largo país.

Nos conocimos en la universidad, en el campus oriente de la Universidad Católica. Ella estudiaba Letras y yo Periodismo. Ella terminó la carrera, yo me cambié a cine al tercer año y no terminé. Después de hacer la práctica en una productora audiovisual, decidí que eso era lo mío y con un par de amigos armamos una propia. La nombramos Región Metropolitana y tras dos años en una casona en Bellavista, hoy funcionamos en el piso tres de un edificio de paredes transparentes en Ciudad Empresarial. Nos especializamos en comerciales, asociándonos con agencias de modelos, jóvenes

directores, actores y actrices taquilleras, gente del ambiente, de las extintas revistas papel couché, influencers de Instagram. Antes de casarnos terminamos por un año, periodo en el cual tuve una aventura con una modelo brasileña de la agencia asociada, una tal Vanesa. Hasta el día de hoy, cuando la vemos en ese comercial de multitienda, Leticia me pide que cambie el canal.

El matrimonio se celebró un frío sábado de mayo en la iglesia de los Ángeles Custodios de Providencia. Ella escogió el templo, yo prefería una capilla chica que queda por Lastarria, esa que quemaron para la revolución de hace unos años; pero Leticia me insistió con que los Ángeles Custodios era más central y cómoda. Los dos primeros años los redactamos como una pareja joven y moderna. Aprovechamos de viajar, de comprarnos un auto más grande y de llenar el departamento con lo último en tecnología. Leticia perdió nuestro primer hijo a los cuatro meses de embarazo, pero la depresión no duró demasiado, menos de un año después nació Martita. Le pusimos así en recuerdo de mi abuela materna. Desde entonces nuestra vida ha sido más que normal. El último mes solo ha sido eso, un mal último mes. Su miedo a la cesantía se juntó con la mala inversión de uno de mis socios, todo revuelto con la crisis post pandemia. Nada muy grave, pero vamos a tener que apretarnos el bolsillo durante el resto del año. Aún no le he dicho nada a Leticia y creo que lo mejor es esperar un par de días antes de hacerlo, después de las vacaciones (nos vamos al sur a Puerto Varas, al campo de sus padres) quizás.

–Voy al cajero automático.

Mi mujer decidió no abrir la boca. Cuando se da cuenta de que está demasiado enrabiada prefiere guardar silencio.

–Voy y vuelvo –recalqué, y luego llamé a Martita para que me acompañara–. Ponte algo encima de la polera –le pedí apenas apareció en el dormitorio con cara de pregunta.

–Hace calor –regañó.

–Hazme caso, ve por un chaleco.

–Bueno, papá –dijo y salió corriendo hacia su habitación.

Y en ese instante vino el corte.

Primero fue un parpadeo y luego todo quedó a oscuras. Desde su pieza, Matías gritó.

–Tranquilos, piensen en cinco cosas –habló Leticia–. Alberto, ve a buscar la linterna, por favor. Y no hagas mucho escándalo, que los niños se asustan –murmuró.

A tientas me apresuré hasta la cocina. Antes de abrir la cajonera

donde estaba la linterna, miré hacia el exterior. El apagón había sido general, toda la ciudad aparecía sumida en la más absoluta de las oscuridades. Agarré la linterna e intenté encenderla, pero no pasó nada. Por un instante visualicé a mi mujer echándoseme encima, reclamando porque era un pésimo dueño de casa, que lo mínimo era que los aparatos de emergencia estuviesen con pilas y baterías. No necesitaba otra pelea. Di un golpe ligero y volví a intentarlo. La luz de la linterna regresó y con ella el resto de las luces. De la casa, de la calle, del barrio, de la comuna, de la ciudad, de la región. Había sido solo un apagón ligero. Volví a mirar hacia afuera y observé como regresaba la normalidad.

Saqué mi teléfono para revisar qué decían las redes. No había señal. El wifi de la casa aparecía desconectado y el 5G de la compañía en blanco.

–Tampoco tienes internet –comentó mi mujer apareciendo en la cocina con Matías y Martita.

–No –guardé el teléfono–. Este país es un desastre.

–Ya va a volver –sonrió mi mujer, por primera vez en los últimos veinte minutos.

–¿Se va a cortar la luz de nuevo? –preguntó Matías.

–No, mi amor, no fue nada, no tengas miedo –lo tranquilizó su madre–. ¿En qué cinco cosas pensaste?

–En dinosaurios…

–¿Y tú? –le preguntó a Martita.

–En nada, no tuve tiempo de pensar –levantó los hombros.

–¿Estás lista para acompañar al papá?

–Sí, lista –enseñó el chaleco que llevaba agarrado en su mano derecha.

–Bueno –respiré un poco más aliviado–. Vamos y volvemos.

2

Martita fue quien se dio cuenta de que no había autos en la calle. Y aunque era extraño que eso sucediera en una intersección tan concurrida como Tobalaba con Pocuro, al inicio pensé que se debía a algún percance en los semáforos por culpa del corte. Para evitar dar explicaciones de algo que no tenía idea, le dije que debía de ser por el calor, que la gente aún estaba metida en sus piscinas. Ella, por supuesto, aprovechó de recordar mi promesa de construir una en el patio trasero. Se lo prometí antes de mudarnos, cuando la invité junto a su hermano a conocer la casa nueva.

–No tiene piscina –me reclamó, con la mirada perdida, recordando que el condominio donde antes vivíamos sí tenía.

–El próximo año –le prometí–, y esa va a ser solo nuestra, no de todos los vecinos. Pero antes hay que agrandar la cocina…

–Bueno –respondió ella, conforme.

Aún no hay piscina, tampoco cocina agrandada.

Había poca gente en la estación de servicio: los dos encargados de la caja, un tipo terminando una bebida, un señor de unos cincuenta años sacando dinero del cajero automático y otro dependiente que luchaba con el control remoto para encontrar algo en la tele. Al parecer el apagón había desconectado el cable porque solo se veía estática.

–Papá –me habló Martita–, ¿puedo comprarme algo?

–Toma –le pasé un billete de dos mil pesos.

–Gracias, papá –y se fue directo a los anaqueles de golosinas y caramelos–. Mejor quiero un helado.

–Lo que quieras –le respondí.

–Está malo el congelador de los helados –nos advirtió uno de los dependientes–. Algo le pasó después del corte, ni siquiera puede

abrirse la tapa.

Mi hija y yo levantamos los hombros resignados.

El señor que estaba en el cajero automático reclamaba en voz baja. Dos veces intentó sacar dinero antes de darse por vencido. Al retirarse me explicó que estaba aburrido de su banco, que no era primera vez que le pasaba, que las tarjetas eran un robo, que mejor iba a volver a usar cheques.

–Solo con sencillo, por favor –escuché que el cajero le decía a mi hija, cuando ella trató de cancelar una barra de chocolate con los dos mil pesos–. Es que algo también pasó con el corte de luz –me miró, adivinando que yo era el padre–, y no puedo dar cambio, ni boleta.

–Espérame un ratito –le pedí a Martita, antes de meter la tarjeta en la ranura del cajero.

Digité el número secreto, pulsé la alternativa de cuenta corriente e indiqué un giro de ciento setenta mil pesos. La máquina me respondió que la cantidad pedida superaba el disponible en mi cuenta. Lo intenté de nuevo, la respuesta fue similar. Regresé al menú y le pedí que me desplegara el saldo en pantalla. La información demoró unos segundos en aparecer. Saldo diario: cero. Disponible en la línea de crédito: cero.

Mierda.

Un sujeto a mi espalda me preguntó si había terminado.

–Adelante –le indiqué–, pero la máquina está con problemas. Pruebe si le resulta –le advertí.

Saqué mi teléfono para entrar al banco, aún no había señal móvil y ninguna red wifi aparecía disponible. Fui con Martita, busqué un par de monedas y pagué su chocolate.

–Toma –me respondió, regresándome el billete.

–Es para ti, te lo regalo –le dije, mientras la veía masticar la barra de chocolate derretido–. Vamos a buscar el auto, que este cajero está malo.

–Bueno –asumió con la boca y las manos manchadas de chocolate.

Quien estaba usando el cajero automático pateó el suelo y reclamó que la porquería no funcionaba.

–Saldo cero –pronunció en voz alta, mirándome a los ojos–. No puede ser, por eso este país está como está. Se corta la luz y todo se va a la mierda. En el cajero de la farmacia la misma huevada.

Le dije a mi hija que esperara.

–Con esto igual –indicó el dependiente tras la caja, apuntando a su

máquina registradora–. El lector de tarjetas de crédito y débito no funciona.

–La tele peor –agregó su compañero, quien no había parado en tratar de encontrar algo con el control remoto.

–No te muevas –le pedí a Martita y regresé al cajero.

Abrí mi billetera, busqué una tarjeta de crédito y repetí cada paso de lo hecho con la de débito. Saldo igual a cero.

–¿Lo mismo? –me preguntó el tipo que había usado la máquina antes, cambiando su expresión de maña a preocupación.

–Lo mismo –le contesté.

Martita me preguntó qué pasaba, le dije que nada. El hombre me insistió en que tratara con otras tarjetas. Pensé en que Leticia me habría retado por hacerle caso a un extraño en cosas de platas. Todo igual: Diners, cero; Master, cero; Visa Platinum, cero. Cada una de mis formas de dinero plástico y circulante se habían igualado a cero.

–A ver yo, permiso –indicó mi improvisado compañero, tomando mi lugar tras la máquina.

Fue ahí cuando mi hija gritó llamándome.

–¡Papá, papá, mira! –chilló.

Todos los presentes en el interior de la estación de servicio giraron hacia la voz de Martita.

Y todos también vimos lo mismo.

Por Tobalaba, desde ambos sentidos, y por Pocuro, hacia el oriente, avanzaba una fila eterna de autos empujados por sus conductores. Era como si cada una de las máquinas se hubiese muerto, o agotado su combustible. Acaso la fotografía inversa de un raro tipo de tracción animal. Un tipo rubio y musculoso, junto a una chica también rubia, pero no musculosa, movían un Mercedes descapotable; tras ellos, una familia entera se esforzaba con un voluminoso Jeep Commander.

Uno de los bomberos de la estación corrió hasta el primer vehículo que avanzaba por Pocuro, un Peugeot 208, arrastrado por dos jóvenes. Les preguntó qué estaba pasando. Tomé la mano de Martita y me acerqué para escuchar la conversación.

–No sabemos –respondió uno de los muchachos–. De repente se apagó el motor y no funcionó más. Estoy con el estanque lleno, pero no quiere partir. La batería está perfecta, igual que la de ellos –apuntó a la fila que corría tras ellos.

Entonces, a medida que la caravana se acercaba a la intersección de las avenidas, empezó a caer la nieve. Porque esa noche, exactamente a

las diez y tras un día de enero con treinta y cinco grados a la sombra, nevó sobre Santiago de Chile.

–¡Nieve, papá! –gritó Martita ante la mirada atónita de todos los presentes, que no podían creer lo que estaba sucediendo–. Hagamos un monito –continuó entusiasmada mi hija.

Por instinto volví a sacar mi teléfono, no había señal.

–Después, mi amor. Ahora… –me apresuré, tomándole la mano–, ahora volvamos a casa.

3

Leticia y Matías estaban en el patio. Mi hijo disfrutando de la nieve, mi esposa tratando de entender lo que ocurría. La fotografía era idéntica a la vista en todos los patios y antejardines de cada una de las casas por las que pasamos de regreso de la estación de servicio. Los niños carcajeaban mientras las plumitas de hielo les cubrían los hombros y la cabeza. Los padres se miraban tan asustados como mudos.

–Ni siquiera hace frío –comentó Leticia apenas me vio aparecer por la puerta de la cocina.

Martita corrió donde su hermano y empezó a perseguirlo con bolas de nieve.

–Ni siquiera está nublado –le respondí a mi mujer, indicándole que mirara hacia el cielo–. Esta nieve no viene de ninguna parte.

–¿Cómo no va a venir de ninguna parte?

–Mira tú misma.

Así lo hizo. La noche estaba despejada y a lo más un par de jirones de nube tapaban las estrellas. Leticia volteó hacia mí, como si yo pudiera explicarle lo que estaba sucediendo.

–Esto es muy raro.

–Más de lo que crees. ¿Han dicho algo en la tele o la radio?

–La tele no volvió después del corte, radio no he escuchado.

–¿Internet?

–Sigue cortado, también mi 5G.

–Igual el mío –miré la pantalla muerta de mi también muerto dispositivo móvil.

Una pelota de nieve golpeó en la espalda a Matías haciéndolo tambalear. Al niño le dio exactamente lo mismo, la felicidad y la

diversión era lo que importaba. Leticia reaccionó y le pidió a Martita que no abusara de su hermano menor. Me acerqué hasta mi mujer y le pedí que fuera por la llave del auto. Me preguntó de cuál, le respondí que de ambos.

Leticia dejó la puerta entreabierta de la cocina y volvió con los dos juegos de llaves colgando de su mano derecha. Con un gesto le indiqué la puerta del garaje.

–Sube a tu auto, enciende el motor, prueba las luces, los limpiaparabrisas, qué sé yo…

–¿Qué sucede?

–Nada, linda, solo hazlo.

–Me estás poniendo nerviosa.

Le contesté con una sonrisa.

Leticia se sentó al volante de su Ford Expedition, color gris perla y yo tras el Mini Countryman que me costó diez discusiones y una deuda de siete años. Metí el contacto del motor y lo giré. No pasó nada, mi auto estaba muerto. Miré hacia la camioneta de mi mujer, ella levantó los brazos sin entender qué sucedía y siguió intentándolo. Me bajé del Mini y fui hasta la puerta del conductor de la Expedition.

–No sigas –le dije–. Está muerto, igual que el mío.

La mirada de Leticia estaba entre signos de interrogación.

–No me preguntes qué pasó ni por qué, pero aparentemente todos los autos de Santiago están muertos –y continué relatándole lo que había visto en Pocuro con Tobalaba–. Supongo que todo tuvo que ver con el corte y con esta nieve que viene de ninguna parte.

Continuaba nevando, despacio, en una cadencia casi cansada, copo tras copo, nieve que no era nieve.

–¿Qué vamos a hacer? –quiso saber Leticia.

–Eso no es todo.

–¿Qué pasa?

–No pude sacar plata del cajero. Nadie pudo. Mi cuenta corriente y mis tarjetas están en cero.

–Pero…

–Sí, en cero –recalqué–. Y creo que tus cuentas también lo están.

–¡Voy a revisar al computador! –me dijo, bajándose rápido de la camioneta y con una vena marcada en la frente.

Siempre le pasa cuando está nerviosa, su cuerpo revela la molestia,

el tono de su voz también.

–¿En qué computador, Leticia? No hay internet, no hay televisión, no hay nada, salvo luz.

–Tengo que ir a un cajero.

–Leticia, cálmate…

–¡Cómo quieres que me calme! –me gritó–. Mañana hay que pagarle a la señora Luisa…

También siempre hace eso, busca otro tema, otro punto en que fijar su atención. Yo soy más calmado, o finjo mejor, que no es lo mismo.

–Leticia, tranquila, los niños no pueden verte asustada. Mira, amor, no tengo idea qué pasó ni qué va a pasar –le tomé las manos, conteniéndola–, pero dudo que mañana venga la señora Luisa y creo que, por ahora, lo mejor es entrarnos y cerrar bien las puertas. Esto… esto no está bien, nada de bien.

–Alberto –murmuró.

–Dime.

–Esto es como lo del Covid.

–No lo sé.

–Tengo miedo.

–Yo también.

DÍA DIEZ

4

Dicen que fue un pulso electromagnético. Así lo informó la radio al sexto día después del corte; ¿o fue al quinto?, da lo mismo. Una señal común en frecuencia AM para todo Santiago, el único medio que logró resucitar tras el apagón y la primera nevada. Tuvimos que rescatar un viejo receptor a cuerda que compramos después del último terremoto, mismos que hoy se intercambian por vales de comida y agua en el comercio informal.

Oficialmente se debió a la caída de un satélite militar estadounidense cerca de Angostura de Paine. El aparato llevaba un detonador de pulso experimental que se activó con el golpe, dejando a oscuras y borrando prácticamente todo el valle central de Chile. Con majadería se nos ha pedido calma. Subrayan que el gobierno norteamericano está asesorando en todo al nuestro, que por estado de emergencia fue trasladado a Valparaíso. Sostienen que todo se solucionará dentro de unas semanas, que no es necesario desesperarse y que se han tomado las medidas necesarias para paliar la emergencia. En lo práctico tenemos agua, gas y electricidad, aunque esta última solo sirve para iluminar, ya que nada electrónico funciona.

En el banco me informaron que el dinero estaba seguro, pero que mientras no se reiniciara el sistema no estaba permitido generar circulante. Nos aconsejaron buscar cartolas y documentos enviados por correo físico antes de la primera nevada. Leticia se ha encargado de buscar esos papeles y ordenarlos por fecha. Se ha mantenido más calmada de lo que yo hubiese imaginado.

La entrada y salida de la ciudad está prohibida con vigilancia militar, la estación de ferrocarriles, los terminales de buses y el aeropuerto permanecen cerrados. Como si fuera necesario; ningún vehículo motorizado funciona. Tampoco hay metro ni movilización colectiva de ningún tipo. El plan, según se escucha entre los vecinos, es mantenernos en nuestras casas; al menos ahora se puede salir a caminar sin necesidad de usar mascarilla. La única certeza es que,

desde hace diez días, el mundo que conocemos se ha limitado a la geografía y a la geometría de Santiago de Chile. Afuera podría haber estallado la Tercera Guerra Mundial y no tendríamos idea. Tal vez estalló.

Setenta y dos horas después de la primera nevada, un bando oficial declaró que los supermercados debían abastecer gratuitamente. Se nos pidió censar a nuestros grupos familiares y acudir tranquilos al almacén más cercano, que se otorgarían cuotas de alimentos no perecibles a cada grupo o individuo. No mucho, pero sí lo necesario para subsistir hasta que todo se regularice. Y aunque todos sabemos que los alimentos se están acabando, nadie dice nada. Es mejor así, se vive más tranquilo, nos funcionó para la pandemia.

Los niños parecen los únicos realmente felices. No entienden nada y les encanta estar de nuevo con los papás todo el día en casa. Supongo que el detalle de que coincidiera con las vacaciones de verano y que lo de la pandemia estuviera aún fresco, ha logrado que Martita (y todas las Martitas de la ciudad) no se den cuenta del verdadero estado de las cosas.

Y está la nieve de ninguna parte. Cada noche, exacto a las diez, empieza a caer. Los niños de la capital son felices jugando en sus patios, los papás nos cagamos de miedo. La radio sostiene que los copos vienen de la cordillera, afectada por los golpes ultrasónicos de la detonación del pulso. Explicaron que para nosotros fue inaudible, pero que, de algún modo (que soy incapaz de entender), produjo un tipo de variación telúrica en las nieves eternas de los Andes. Es verdad, soy un completo ignorante en esta clase de temas, pero por favor no me pidan que me crea esa hipótesis. Es verano, continuamos con treinta y cinco grados a la sombra, hasta los hielos eternos de la zona central están derretidos. Hace unos meses nos advertían que con el calentamiento global todo estaba seco, ahora quieren que aceptemos que había nieve en los cerros alrededor de la ciudad; misma que cada noche, con puntualidad de tren de alta velocidad europeo, se nos viene sobre Santiago.

DÍA DIECIOCHO

5

Cada tres días, Jaime, mi hermano menor, pasa por casa. Llega temprano y se queda a tomar desayuno. Trae el pan que le dan en el supermercado y algo dulce para untar. Como vive solo insiste en que nosotros lo necesitamos más. Es cierto. Con Leticia le convidamos agua y café. Prácticamente no conversamos, miramos en silencio como juegan los niños y escuchamos las mentiras de la radio. Esta mañana aseguraron que tres barcos de guerra, con tres generadores electromagnéticos habían zarpado desde la base de la US Navy en San Diego, California, rumbo a Valparaíso donde recalarían en un par de días. La idea era transportar los dínamos a los cerros cercanos a Santiago para detonar un nuevo pulso, que aseguran reiniciará todos los aparatos eléctricos de la ciudad.

–Ojalá resulte –comentó mi mujer.

Jaime la miró y repitió el ojalá. Martita vino desde el patio, me tocó la pierna y me preguntó cuándo iban a abrir el McDonald's, porque tenía ganas de comer una cajita feliz.

–No sé, mi amor –le contesté.

–Pucha –respondió y regresó afuera, dedicándose a molestar a su hermano menor, que pisoteaba unos soldados de plástico, viejos y verdes, como si fuera un gigantesco dinosaurio imaginario.

–¡¡¡Soy Godzilla!!! –bramaba.

–¿Todavía tienes tu bicicleta? –me preguntó mi hermano.

–Por ahí está. ¿Se te echó a perder la tuya?

–Vine en la mía, cómo se me iba a echar a perder…

–Pudo habérsete pinchado en la esquina o en la entrada de la casa.

–Está perfecta.

–¿Entonces?

–Quería pedirte que me acompañaras a la oficina.

Leticia me disparó una mirada de reprobación.

–Solo un rato, cuñada querida –le recalcó Jaime–. Te lo prometo.

–Vuelvo antes de mediodía –acompañé con un beso en la frente.

Leticia levantó los hombros y no pronunció palabra. Cuando empezaron a correr los días me hizo jurarle que no iba a dejarla sola, que no saldría de casa hasta que todo se normalizara. Hasta al supermercado vamos los cuatro, su idea es que si pasa algo nos pase a todos juntos. Tiene pavor de quedarse sola. Ya no sé cuántas veces me ha pedido disculpas por haberse enojado conmigo por el asunto de la plata de la señora Luisa, y ya no sé cuántas veces le he dicho que no ha pasado nada y que vamos a estar juntos y bien. ¿Qué será de la señora Luisa? No hay manera de averiguar de ella. Sé que a Leticia también le ha afectado no saber nada de sus padres y hermanos, perdidos cerca de Puerto Varas e imposibilitados de llamar y de volver a Santiago. Dice que su madre ha de estar muriéndose de angustia. Conozco a mi suegra y sé que es verdad.

Le di un segundo beso y le repetí que no se preocupara, que iba a volver lo antes posible. Ella continuó sin decir nada, odia que rompa mis juramentos.

Jaime me acompañó a la bodega y me ayudó a bajar mi vieja bicicleta de montaña, una de dieciocho velocidades y marco de aluminio que tengo desde hace casi quince años. Alguna vez la usé para subir el cerro San Cristóbal, en un ritual que repetía sagradamente todos los domingos. Ahora lleva demasiado tiempo colgando sin ser usada. La limpié con un paño que encontré por ahí y revisé que los neumáticos tuviesen aire. Mi hermano me ayudó a tensar y aceitar un poco la cadena.

–¿Te acuerdas de cuando eras chico y te dio por el BMX?

–Fueron dos años…

–Eras un pistero.

–¿Porque corría rápido sin dar saltos?

–No sé si tan rápido.

Tobalaba se veía desolada. Pocos peatones, menos ciclistas, ni un solo motor.

Jaurías de perros vagos se habían instalado a lo largo del canal San Carlos, así que le sugerí a Jaime que mejor nos fuéramos por las calles interiores. Tomamos por El Vergel, luego bajamos hasta Eliodoro Yáñez. Orquídeas, Carmen Sylva, Lyon fue el resto del plano usado. Una ciudad fantasma, Santiago de Chile se había desdibujado en eso. Miré los edificios de departamentos, ni una sola persona se asomaba

por las terrazas y por un instante llegué a pensar que tal vez nosotros éramos los únicos que quedábamos.

Me equivoqué.

6

Mi hermano tenía una pequeña oficina de corretaje de propiedades en el tercer piso del Portal Lyon. Tras un largo y conflictivo divorcio buscó un nuevo negocio con el cual recomenzar su vida. Quería dejar la abogacía y (según él) dedicarse a algo más concreto. Si me preguntan nunca entendí aquello de más concreto. Tras hacer las averiguaciones correspondientes se puso con una corredora cuya especialidad no era buscar departamentos o casas de habitación, sino oficinas, reales o virtuales, para empresas chicas y medianas, o en crecimiento y en expansión. Más que un arrendador era un medio para que otros surgieran, así se definía cada vez que le preguntaban. Y no le fue mal, ni siquiera durante la pandemia. Hoy vive (bueno, vivía) mejor que cuando era un promisorio abogado, amante esposo y gozaba de eso que los publicistas hemos definido como joven pareja con dos sueldos y sin hijos.

La esquina de Lyon con Providencia estaba tan desbordante como un día antes de Navidad. Gente en las calles, caminando por las pistas alguna vez ocupadas por autos. Tipos cambiando relojes y objetos de valor por comida. Militares y policías intentando mantener el orden. Fotógrafos con cámaras mecánicas y los infaltables guías que prometían vías de escape fuera de Santiago a cambio de cheques abiertos. Uno de ellos ofreció llevarme a Rancagua con mi familia.

–Rancagua no existe –le respondí.

Tampoco faltaban los desconectados, que son los que más han sufrido en estos días. Jóvenes en su mayoría, casi adolescentes, aunque también los había mayores. Caminando como zombis con sus teléfonos en alto, rogando por el regreso de la señal.

–Son peores que los alcohólicos –comentó mi hermano.

–No lo sé, aún hay alcohol de sobra, veamos cuando se acabe.

–Menos mal nunca fui muy adicto a internet.

–Yo sí, y cuesta… Si no es por mis hijos andaría igual que esos

muchachos, caminando con el teléfono en alto.

–Ese no es tan muchacho –apuntó a un hombre de mi edad.

–La primera semana también salí a buscar señal, incluso me subí al techo –le confesé.

–No me digas… Leticia te retó…

No le respondí, en la terraza superior del Portal Lyon un grupo de desconectados buscaba coger el cielo con sus teléfonos muertos.

Jaime abrió la puerta de su local y me indicó que dejara la bicicleta amarrada junto a la puerta.

–¿A qué me trajiste? –le pregunté.

–Espera.

–¿Qué pasa?

–Necesitábamos hablar a solas.

–Hablemos entonces.

–Tenemos que irnos de Santiago, Alberto. Irnos todos, antes de que esto empeore.

–La radio dice...

–No seas huevón, nos están mintiendo y tú lo sabes –respiró–. Los que están allá afuera no tienen idea de lo que está pasando, solo están cagados de miedo y no saben qué hacer con los santiaguinos. La comida se acaba y solo es cuestión de meses para que se corte el agua. ¿Sabes lo que va a pasar entonces? Que nos vamos a comer los unos a los otros, esto va a ser como *La noche de los muertos vivientes,* pero sin zombis.

–Estás paranoico.

–Prefiero serlo a quedar impávido viendo cómo pasan los días, unos tras otros como en un loop aburrido. En el actual estado de las cosas, la paranoia es lo único que nos queda. ¿O crees lo que te dijeron en el banco, que tu plata está segura, que apenas se reinicie todo las cosas volverán a ser como antes? Por favor, huevón, estamos jodidos, todo el mundo está jodido, hasta los BitCoin desaparecieron. Santiago es Chile y Chile es Santiago, si la cagada quedó aquí, también quedó afuera. Estamos todos en cero, perdidos en una situación que nadie puede explicar. Alberto –tragó aire–, tenemos que encontrar el modo de escapar, antes de que nos devoren.

–¡Córtala, huevón!

Mi hermano bajó la mirada y su habla se hizo más pausada.

–Me contaron que algo malo está pasando en la periferia de Santiago.

–¿Qué algo malo? Sin sutilezas conmigo.

–Hay gente, multitudes que están avanzando de a poco –habló con miedo–. Cada noche se cierran sobre el centro y están enrabiados, resentidos, llenos de miedo y odio. ¿Recuerdas la revolución de octubre de hace años, el Chile despertó?

–Quién no, especialmente cuando tenías una empresa…

–Pues esto es peor, la rabia no es por la dignidad o contra los políticos, ahora es por vivir, comer y contra la gente como tú o como yo.

–¿Clase media emergente?

–Para ellos no hay distinción, somos todos acomodados. Vives dentro del anillo de Américo Vespucio, cagaste, eres cuico, como decían antes en las redes. Odian a personas con familia, personas que no están solas y tienen un lugar cómodo para dormir. ¿Tú y Leticia fueron a marchar a Plaza Italia, Plaza Dignidad o como chucha se llame?

–¿Qué tiene que ver eso con lo que me cuentas?

–Todo pues, ¿fuiste?

–Sabes que sí, subimos fotos a Instagram, ¿cómo fue que comentaste?

–«Borregos» y sumé una frase de la letra de *Sheep* de Pink Floyd…

–No soportas que Roger Waters sea tan zurdo –me burlé.

–Dice que lo es, pero es todo lo contrario, un viejo millonario y privilegiado con mucho tiempo libre. O era…

–Ok, lo que sea, ¿qué tiene que ver esto con las marchas?

–Todo –subrayó–. O sea, todo, si es verdad lo de los rumores. Borregos, tú, mi cuñada, todos los niños lindos que fueron a marchar por la dignidad. ¿Para qué? Para empoderar a los verdaderos enemigos, los que ahora se están levantando contra nosotros, los que se están colgando de esta crisis para vengarse. ¿Qué les vas a decir cuando vengan por ti? Hermano, yo marché a Plaza Dignidad… ¡¡¡Plaza Dignidad mis bolas, se llama y se llamará Plaza Italia!!!

–Eres muy facho…

–Y moriré siéndolo, al menos soy honesto.

–Hablas como el abuelo, cuando recordaba su rabia contra la UP.

–Le quitaron el fundo, no iba a estar bailando de felicidad.

–No, pero de ahí a justificar todo lo que hizo Pinochet.

–El abuelo tenía razón. A él le pasó lo mismo que te puede pasar a ti. Los trabajadores e inquilinos que él ayudaba, que él cuidaba, que él educaba se levantaron en su contra apenas pudieron. El pueblo, las masas son envidiosas y te van a pegar una puñalada en la espalda apenas puedan.

–Estás loco, Jaime.

–¿No has visto por las noches el brillo de los incendios? La Florida ya está cayendo y falta poco para que Providencia y Las Condes sean tomadas y se termine esa sensación de falsa fortaleza de esta burguesía muerta. En la calle hablan de que ayer hubo muertes y quemas en la Dehesa. Y eso que aún no hay hambre. Cuando falte el pan esto será como las peores partes de la Biblia.

–Jaime, yo… Yo tengo que volver a casa.

–No fue un satélite, Alberto.

–¿Qué fue entonces?

Mi hermano se tocó la cabeza, nervioso.

–No tengo idea, hay teorías de todo tipo.

–¿De qué tipo?

–Hay personas –dudó, como si no creyera lo que iba a decirme–, que están desapareciendo, así de la nada. Gente al azar, uno o dos integrantes por familia. La señora del kiosco de la esquina, ese que está allí –me indicó que viera por la ventana–, un día entró al baño de su casa y no volvió más. Los hijos, que ahora están a cargo del local, andan desesperados buscándola y han averiguado que casos así se están repitiendo por toda la ciudad.

–¿Extraterrestres?

Sé que fue en burla, pero mi hermano menor ni siquiera se inmutó.

–Por qué no, o rapto masivo. ¿Has leído la Biblia? La palabra de Dios lo dice, el rapto de los fieles.

–¡La palabra de Dios! –repetí imitándolo–, por favor, Jaime, ¿cuándo has creído en Dios?

–Ahora estoy creyendo en muchas cosas… Y Dios no es el anciano de barbas blancas y puro amor que nos contaban los curas, es un maldito hijo de puta.

Levanté las cejas y decidí que ya era suficiente. Agarré mis cosas y caminé hacia la puerta de la oficina.

–¿Te marchas?

–No me gusta dejar a mi familia mucho rato sola. Y la verdad no entiendo a qué me trajiste, esto podríamos haberlo hablado en el antejardín.

–Espera –me detuvo–. Hay algo que quiero que te lleves.

Abrió una gaveta de su escritorio y cogió un manojo de llaves. Fue hasta su caja fuerte, ubicada dentro de un estante y tapada con carpetas y archivos, y de su interior sacó un objeto envuelto en una vieja camiseta de la Universidad Católica, su equipo de fútbol favorito.

–Guárdala y no me digas nada –me pidió.

El objeto era una pistola con tres cargadores llenos y cuatro cajas de municiones. Miré a Jaime buscando una explicación.

–Te dije que no me dijeras nada –subrayó.

–Pero, huevón...

–Es una Sig-Sauer P220, calibre nueve por diecinueve y acción doble. No es complicada de usar, igual que en las películas. El cargador lleva quince cartuchos. Hay uno en el arma y otros tres...

–Estoy viendo lo que hay. Perdóname… –negué moviendo la cabeza.

–No, perdóname tú a mí. Mira, Alberto, esto de verdad está recién empezando y créeme que sea lo que sea, marcianos, ángeles o lo del satélite experimental, solo va a empeorar. Tienes familia y necesitas con qué defenderla.

–¿De dónde la sacaste?

–Eso no importa.

–Jaime...

–Da lo mismo, solo llévatela, a lo mejor nunca la vas a usar, pero tal vez sí.

–Ni siquiera tengo licencia.

–Mira a tu alrededor, Alberto, ¿a quién crees que le importa una licencia?

Y en ese instante sentimos el eco. Un golpe que tronó desde el sur de Santiago, como un temblor moviéndose a través del aire. Las paredes y vidrios del viejo centro comercial se estremecieron, crujiendo como un elefante enfermo. Jaime comentó que eso había sido fuerte y corrió hacia la ventana del despacho para mirar. Hacia el poniente, alrededor del área dominada por el Estadio Nacional, se levantaba una columna de humo en forma de hongo.

–Mierda –dije, agarrando con firmeza la pistola enrollada en la camiseta de la Universidad Católica.

–Explotaron una bomba de bencina, el humo es negro, de petróleo quemado –reconoció mi hermano–. Te dije que esto estaba recién comenzando.

Pensé en Leticia y en los niños. Si habían escuchado la explosión debían de estar muy asustados.

7

Afuera de la casa se había reunido un grupo de vecinos y vecinas. Leticia estaba entre ellos, conversando acerca de algo que la obligaba a mover mucho los brazos. Mi mujer solía hablar con las manos, era su manera de hacerse escuchar y explicar, herencia de su formación como pedagoga, algo tan de ella como su nombre o su mal genio en días de calor. Estacioné la bicicleta contra el portón de la reja, disimulé dentro del pantalón la pistola de mi hermano y caminé hasta su lado. La besé con cariño en el cuello y le dije que ya estaba en casa, que me disculpara por la demora.

–Solo fue una explosión, no te asustes –agregué, mirando en dirección a la columna de humo negro que aún se elevaba en dirección al Estadio Nacional.

–¿Qué explosión?

–¡¿Cómo que qué explosión?! ¿No la escuchaste? –ella negó con la cabeza, yo le apunté el humo. Volvió a negar y se encogió de hombros.

Las vecinas y vecinos que nos rodeaban miraban hacia la casa de la esquina, como hipnotizados.

–¿Pasó algo? –pregunté confundido– ¿Los niños?

–Adentro, jugando con Emiliano.

–¿Qué Emiliano?

–Un vecino, el hijo de la Carola.

–¿Quién es la Carola?

Nunca había escuchado ese nombre, al menos no junto a la palabra vecino.

–Ella es la Carola, vive en la casa de enfrente –me presentó a la mujer que estaba a su lado, edad similar a la nuestra, muy delgada y con una mirada tan amable como amables eran las pecas que le

bajaban por la nariz. De esas personas que te ganan con un hola y una sonrisa.

–Tú debes ser Alberto –me habló ella. No la había visto antes, ni siquiera para la pandemia. Es más, no tenía idea de que existiera una Carola viviendo al otro lado de la calle–. Me cambié dos días antes de la primera nevada, esta es mi extraña presentación en sociedad –me puso al día en dos frases.

Y vaya que Carola tenía razón con lo de extraña presentación, no por ella sino por la situación.

–¿Qué pasó? –les pregunté.

–En la esquina –comenzó Leticia–. Allí –me indicó una casa blanca, de dos pisos, con una chimenea alta donde aún colgaban adornos navideños–, vivía un señor viudo, un caballero pelado, gordito y chico que siempre usaba chalecos de rombo, debes haberlo visto –asentí–. Cada vez que pasaba al lado de nosotros nos saludaba.

–Muy amable, lo recuerdo –era cierto.

–Hace un rato estaba en la puerta de su casa hablando con esa señora que está allí, la que está llorando abrazada de esa rubia gorda –me mostró.

Me reí por lo de rubia gorda, adjetivación que parecería tan prehistórica como incorrecta en los días inmediatamente anteriores a la nevada.

Seguí con la vista la línea imaginaria trazada por Leticia. Una mujer de unos cincuenta años lloraba colgada de una rubia de brazos gruesos y colorados, como jugadora de rugby o de hockey sobre césped.

–Venían de la estación de servicio donde habían ido a buscar botellas de agua, conversaban tranquilos –siguió mi compañera–. Él se acercó a su casa, metió la llave dentro de la cerradura y cuando abrió la puerta para despedirse, desapareció…

–¿Cómo que desapareció?

–Eso, así, se esfumó –especificó–. Estaba allí, le dijo hasta luego y se fue. La puerta quedó abierta, la casa vacía y las llaves aún están colgando de la cerradura. Anda a mirar si quieres.

–Leticia, la gente no desaparece –mentí, recordando las palabras de mi hermano–, la señora debió haberse confundido, no sé… Tal vez el caballero sufrió un ataque de pánico o de lo que sea, dejó abierta la casa y salió corriendo a donde Dios sabe. Lo más probable es que aparezca caminando desnudo por acá mismo en un par de días.

–No seas idiota.

Carola me miró con reprobación, compartiendo en mudo las palabras de Leticia.

–No lo soy, pero eso es más sensato que pensar que alguien desaparece. Imaginé que se habían asustado de la explosión.

–Ni siquiera la escuchamos.

Miré hacia el sur, el humo seguía allí. Santiago había temblado entero, no podían no haberla escuchado.

–Ven –la tomé de la mano–, entremos y preparemos algo de comer. No es bueno que los niños se enteren de cosas de este tipo, de explosiones y gente que desaparece. Carola –le dije a la vecina–, ven con nosotros, si quieres o puedes.

–Sí, claro –dijo ella y nos siguió al interior de casa.

Lo primero que hice fue subir al dormitorio y guardar la pistola en el cajón de mi velador, bajo papeles, sobres de cuentas y cajas de condones vencidos.

Cuarenta minutos y un almuerzo después, la nueva vecina y su hijo de cinco años salieron de casa y se encerraron en la suya. Los acompañé a la puerta, aprovechando de ir por la bicicleta. Mientras la desenganchaba de la reja, miré hacia Tobalaba. La pequeña multitud seguía allí, buscando una explicación a lo que no la tenía, también continuaba el humo negro proveniente desde el corazón de Ñuñoa. Cerré con llave y corrí el cerrojo.

–¿Qué te pasa? –me preguntó Leticia.

–No sé, de pronto me dio miedo –le confesé–. Pero son tonteras mías.

–¿Pero estás bien?

–Sí, bien –mentí.

8

Esa noche cenamos lo mismo que en las últimas dieciséis noches: un vaso de leche, pan de molde tostado con mermelada y fideos blancos. Es lo que nos entregaron el lunes y nos entregarán el próximo lunes y todos los lunes hasta que volvamos a la normalidad. Uno acaba acostumbrándose, los niños también. Pese a que siguen nombrando a McDonald's al menos una vez al día, al momento de sentarse a la mesa saben que hay que guardar silencio y comer.

–¿Está rico? –preguntó Leticia.

–Muy –mintieron los niños.

Enseñar a mentir es parte de la nueva paternidad.

Después de lavar los platos, esperé a que viniera la oscuridad. Cuando mi esposa subió a acostar a Martita y a Matías, yo aproveché de ir a buscar una Biblia, estaba seguro de que había visto una en la mesa de noche de Leticia. No me equivoqué, estaba detrás de unas zapatillas de levantarse y unas revistas de modas y viajes tan viejas como arrugadas. Tomé la Biblia y regresé al corredor. Antes de bajar me asomé a la habitación de los niños. Previo al corte y a la nieve tenían piezas separadas; después, cuando los días comenzaron a ser idénticos, decidimos juntarlos en un solo lugar. «Como son chicos se acompañan y es bueno que estén juntos por si pasa algo», era la idea de Leticia.

Miré al interior del dormitorio, Leticia estaba recostada con Matías y dormía junto a él con un libro de dinosaurios abierto sobre su cara. En la cama de enfrente Martita se movía al interior del primer sueño de la noche. Caminé a hurtadillas, quité el libro del rostro de la mujer que amo y apagué la luz, luego bajé las escaleras. Afuera seguía nevando, igual que todas las noches. Nieve cayendo de la nada, sin nubes en el cielo ni frío polar en el ambiente. Nieve de verano.

Debí haber estado al menos una hora hojeando el Apocalipsis de San Juan y no encontré nada de lo que me había dicho mi hermano.

Nada de gente que desaparece ni rapto de los fieles. Nunca estuvo o tal vez jamás lo encontré. No es raro, tengo pésima comprensión de lectura, leo harto pero no se me queda nada. Un amigo neurólogo me explicó hace años que la mayoría de los hombres sufrimos de déficit atencional y que hay que tratarlo desde niños, a mí jamás me trataron nada. Regresé al libro y nuevamente fui revisando, esta vez releyendo en voz alta los nombres de los capítulos.

–Alberto –me llamó Leticia desde la bajada de la escalera.

–Aquí estoy –le dije.

No tardó en aparecer en la sala.

–¿Qué estás leyendo? –me preguntó al caminar hasta mi lado.

Le mostré la Biblia.

–¿Por qué?

–Tonteras que mi hermano me mete en la cabeza –exageré–. Según Jaime la gente anda diciendo que la respuesta a lo que está pasando está en el Apocalipsis de la Biblia. Tuve curiosidad, pero no encontré ni una sola palabra de algo parecido a lo que ocurre allá afuera.

–Tu hermano habla tantas tonteras, Alberto. Hace rato que se le fueron varios tornillos, desde antes que Isidora lo dejara –se detuvo. Isidora era su exmujer. ¿Qué será de ella? Jamás la menciona tras el divorcio–. ¿Puedo pedirte un favor?

–Claro, lo que quieras.

–No hables de esto en casa, que a Martita le da miedo todo lo del fin del mundo.

–Nunca dije fin del mundo.

Leticia levantó los hombros y luego me pidió:

–Ven conmigo, por favor –su voz temblaba, igual que cada vez que tiene rabia o siente angustia–. No hagas ruido –insistió–, no quiero que los niños se despierten.

Me guió por la escalera hasta el tercer piso, un altillo donde tenemos una improvisada sala de juegos y un sofá cama por si un invitado necesita quedarse a dormir; inmediatamente bajo el techo de la casa, un horno durante el verano, por lo que permanece virtualmente clausurado de noviembre a abril. Mi mujer se adelantó hacia el ventanal triangular que miraba hacia el norte.

–¿Viste eso? –me indicó.

Tras el cerro San Cristóbal se veía un resplandor rojizo. Arriba de la pequeña montaña resplandecían docenas de focos luminosos,

antorchas o pequeñas quemas.

–Ahora mira por la otra ventana, la que ve hacia el sur.

Le hice caso. Una fila de edificios tapaba la posibilidad de ver hacia cualquier parte.

–No veo nada.

–Arriba –me indicó–, en las ventanas de esa torre, fíjate en el reflejo que da en dirección a Peñalolén.

Torcí una sonrisa. Leticia era mucho más inteligente que yo, siempre lo había sido. Igual que en un espejo de veinte pisos de alto, en los pisos superiores de la torre se reflejaba un resplandor rojizo, idéntico al que surgía tras el cerro.

–El oriente se está quemando, también La Dehesa.

Era cierto, los destellos y llamas del nororiente rebotaban en los edificios que miraban en esa dirección. Entonces entendí por qué Leticia había dicho aquello del fin del mundo, también la razón de su negación frente a la idea que ella misma había liberado.

–Todas las noches es lo mismo, pero la nieve termina apagando las llamas –le dije.

–¿De qué estás hablando? –se apartó intrigada.

–Mi hermano me lo mencionó. Dice que es gente, Leticia, gente de los márgenes de Santiago que está quemando sus casas y acercándose hacia el centro de la ciudad.

–Pero, para qué…

–Están desesperados, tienen rabia, qué se yo. Llevan días haciéndolo, solo que ahora están cerca, cada vez más.

–Y de dónde sacó tu hermano esta idea.

–Sale de su casa, habla con personas, escucha los rumores de la calle. De acuerdo a sus palabras, es como lo de Plaza Dignidad, pero por mil…

–¡¡¡Tan facho que es Jaime!!!

–Venimos de una familia facha.

–Abuelos expropiados por los upelientos, padres colaboradores de los milicos en dictadura, ni me lo recuerdes…

–Tu familia es DC, no te la des de comunista conmigo…

–No estamos hablando de política, Alberto.

–¿No?

–Hazte cargo de lo facho que son tu hermano y tú.

No le contesté.

–¿Entonces según Jaime, personas pobres quemaron La Dehesa? –levantó la voz.

–No con esas palabras.

–¿Y la gente? –no me dejó terminar–. ¿La gente que vive en esos barrios?

Contesté con una mueca.

–¡Tu hermano está de patio y te mete cosas en la cabeza!

–No me ha metido nada, solo me contó lo que ha escuchado y visto.

Leticia volvió a mirar por la ventana y se quedó en silencio por un rato.

–Eso significa que van a venir por nosotros –habló con la voz temblorosa, tenía los ojos humedecidos.

–No lo sé –y la abracé para contenerla.

–¿Qué vamos a hacer, Alberto, qué vamos a hacer si toda esta locura nos alcanza? –sollozó.

Me aparté y la miré a los ojos.

–No voy a dejar que nada malo le pase a nuestra familia.

–¿Cómo?

–Tengo un arma, Letici…

No debí decir nada.

–¡¡¡Pero te volviste loco!!! –gritó, sin dejarme terminar.

–Tranquila, que Marta y Matías se van a despertar.

–¡No metas a los niños en esto! –reaccionó furiosa–. Trajiste un revólver a la casa.

En mi cabeza pensé en contestarle que no era un revólver sino una pistola.

–¿De dónde la sacaste? –continuó–. No me contestes, ¡el saco de huevas de tu hermano!

–No lo culpes, somos su única familia, está preocupado.

–Linda forma de preocuparse.

–No quiero pelear, Leticia.

–¿Para qué trajiste un arma a la casa?

–¡¡¿Para qué?!! –exploté y sin darme cuenta me vi hablando como Jaime o como mi abuelo y mi padre–. ¿Viste el fuego por las ventanas? –apunté al norte–. La explosión de esta tarde, el vecino de la esquina que desapareció, la nieve de cada noche, las cosas que no funcionan. ¡¡¡Con suerte hay electricidad para lo básico!!! ¿Cuánto más crees que van a durar los alimentos, el agua, el gas? Quiero proteger a mi familia, Leticia, a ti y a los niños. No la traje para agarrarme a balazos, pero sí para defendernos si es necesario. ¿Qué va a pasar si esa gente llega a nuestro barrio? ¿Crees que van a venir amables a pedirnos un pedazo de pan? Escúchame, Leticia, entiendo tu aprehensión, yo la tengo, estoy cagado de miedo por tener una pistola en el dormitorio…

–En el dormitorio –recalcó con rabia.

–Sí y ojalá nunca la use, pero si algo nos amenaza prefiero tenerla conmigo antes que lamentarnos después.

Leticia miró al piso, se arrodilló y empezó a temblar. Luego, soltando todos los músculos y nervios de su cuerpo se largó a llorar. Me acerqué y volví a abrazarla.

–No me digas nada, no trates de tranquilizarme, solo escúchame y júrame algo.

–Cualquier cosa, mi amor.

–Vas a tener esa cosa guardada y nunca la vas a sacar a la calle…

–Está guardada.

–Júramelo.

–Te lo juro.

–A menos que sea necesario –estiró.

–A menos que sea necesario –le prometí, mientras la cornisa de la ventana se llenaba de esa nieve imposible.

–No te preocupes –me dijo Leticia al ver que mis ojos estaban concentrados en los copos blancos apelotonados–. Mañana temprano sale el sol, es verano, a las diez de la mañana todo estará derretido y antes de las doce evaporado.

DÍA VEINTITRÉS

9

Antes de que pusiera una pierna fuera de la cama, Leticia ya estaba corriendo escalera abajo. El chillido venía del patio. Fui hasta la ventana del dormitorio y miré tras la casa. Bajo el único árbol, un durazno que no da duraznos y que está imposiblemente curvado sobre el muro de fondo, mis hijos aparecían arrodillados ante algo. Un algo gris, pequeño y alargado que yacía en el suelo.

–¡No lo toques! –escuché a mi mujer cuando al fin me asomé en la puerta trasera.

El algo gris era un gato. Un gato callejero, de tamaño mediano con el pecho blanco y una oreja rasgada por alguna pelea nocturna. Un gato muerto, tieso, petrificado, perfectamente tumbado bajo el árbol.

–Sí –les advertí a mis hijos–, no lo toquen, puede estar envenenado.

–¿Y quién lo envenenó, papá? –me preguntó Martita.

Le respondí que no podíamos saberlo. Leticia agregó que de seguro era una persona mala, porque solo los malos matan gatitos. Luego le dio un beso en la frente e hizo lo mismo con Matías, quien usaba una ramita para tocar el cuerpo del felino, como si quisiera reanimarlo.

–¿Podemos enterrarlo, papá?

–Claro, cavemos una tumba, ¿me ayudan?

–Sí –contestaron ambos al unísono.

Mientras yo iba por una pala, Leticia se quedó con los niños. Era su manera de evitar que tocaran el cuerpo del gato. Le pregunté si sabía dónde estaba la pala.

–Las herramientas están delante del garaje, amontonadas frente a mi auto.

–Ya me acuerdo –le respondí.

Cuando moví un par de azadones, un ratón cayó sobre el capó de la Expedition. Era negro, pequeño y estaba tan muerto como el gato.

Miré hacia el jardín y no quise decir nada. Quité otras herramientas y alcancé la pala, al hacerlo otros tres ratones se desplomaron sin vida del entretecho, todos idénticos al primero, igual que el gato. Volví a mirar a mi familia y antes de que se dieran cuenta, busqué una bolsa de basura y metí a los roedores dentro, luego la arrojé en un rincón, más tarde buscaría donde esconderla o tirarla. Más que Martita o Matías, me preocupaba Leticia y su fobia a ese tipo de animales. Pala en mano, regresé con los míos.

–Ya, ¿dónde lo enterramos? –les pregunté a los niños.

–Aquí, debajo del árbol –respondió Martita.

Cavé un pequeño agujero y luego tiré el gato dentro. Los niños me detuvieron antes de que lo cubriera con la primera palada.

–Espera, papá, hay que cantar primero.

Miré a Leticia, ella levantó los hombros.

–Me la enseñaron en el colegio –explicó Martita, y luego empezó–: «Alabaré, alabaré, alabaré, alabaré… Alabaré a mi señor. Juan vio el número de los redimidos y todos alababan al señor…».

Leticia volteó la mirada para evitar reírse. Nunca antes habíamos escuchado a nuestra hija entonar una canción de iglesia.

–Ahora persignémonos –nos pidió–: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

–Amén –repitió Matías.

–Amén –repitió Leticia.

–Amén –repetí yo.

–Ya, papá, puedes enterrarlo.

Le hice un gesto de aprobación y luego fui cubriendo el cuerpo del gato, con el respeto ritual que todo funeral merecía. Mientras lo hacía no dejaba de pensar en los ratones del cobertizo. Nada podía ser tan casual, menos ahora; tal vez nunca lo había sido y simplemente no nos dábamos cuenta.

Y entonces un viento cálido y fuerte sopló sobre el patio arremolinando todo a su alrededor, sacudiendo con fuerza el viejo durazno que había sobre nosotros.

Martita gritó primero, luego Matías y finalmente Leticia.

Al subir el viento en espiral por el árbol desprendió hojas y ramas, y junto con ellas a una docena de pájaros muertos, gorriones todos, que nos cayeron encima como una macabra lluvia de pequeños cuerpecitos emplumados. Todos tiesos y duros, igual que el gato, igual

que los ratones.

–¡¡¡Entra a los niños, rápido!!! –le pedí a Leticia.

Y apenas lo hizo, moví con fuerza el tronco del árbol, seguro de que había más muerte allá arriba. No me equivoqué, más pájaros se vinieron al suelo. Esta vez no solo gorriones, también un par de aves de pecho rojo e incluso un pequeño aguilucho ratonero, todos perfectamente congelados, como si estuvieran hechos de loza o plástico, casi embalsamados. Volví a golpear el árbol, pero no pasó nada. Luego cavé un agujero más grande y los tiré todos dentro, conté diecisiete aves. Encima arrojé la bolsa con los ratones, luego cubrí todo y amontoné unas piedras encima, evitando de cualquier manera posible que pudiesen levantarse en la noche a molestar a mis hijos.

Regresé la pala con el resto de las herramientas y entré a la casa. Los niños estaban llorando, aterrados. Leticia me dijo que era primera vez que se enfrentaban a la muerte, que había que esperar a que se calmaran para hablarles.

–Ni el truco de las cinco cosas me ha funcionado.

Permanecimos sentados casi toda la mañana en el living. Apenas nos levantamos para comer: leche y pan con mermelada de desayuno y también de almuerzo.

10

El día veintitrés después de la nevada murieron todos los animales de Santiago. Cuando las cosas se fueron calmando en casa y los niños se acostaron a dormir una siesta, le dije a Leticia que iba a salir a dar una vuelta, que necesitaba averiguar si lo del gato y los pájaros había sido solo en nuestra casa o en toda la ciudad. Me pidió que tuviera cuidado y que no llevara la pistola. Le di un beso corto y le prometí regresar antes de una hora.

Fui por mi bicicleta y subí por Tobalaba hasta Larraín. El panorama era desolador.

Al cruzar el canal San Carlos me topé con los seis perros de la jauría que aterrorizaba el sector. Los quiltros tirados y rígidos, con las piernas desparramadas, las bocas semi abiertas y las lenguas colgantes. Y a pesar de que los odiaba, por todas las veces que intentaron atacarnos o morder a mis hijos, sentí pena por ellos. Ojalá enterrarlos, ojalá quemar sus cuerpos, no dejarlos ahí a la vista de todos llenándose de moscas. ¿Qué moscas? Tampoco había moscas.

En todas las esquinas se amontonaban cuerpos de gatos, perros, conejos y pájaros. Niños lloraban desesperados al ver a sus mascotas tiesas, algunos se abrazaban a sus michos y cachorros, como si quisieran traspasarles un poco de su propio aliento. En la puerta de una casa, una señora caía sobre sus rodillas y gritaba desesperada ante los cuerpecitos de tres poodles tan pequeños como muertos. Detuve la bicicleta y deseé tener una cámara o teléfono que funcionara para captar tan patético instante. La mujer levantaba una tras otra las patitas de sus regalones y les gritaba que despertaran, que se levantaran, que la comida estaba lista. Más hacia el oriente descubrí el cuerpo de un caballo en medio de la calle, en tanto aves, roedores e insectos se amontonaban en las aceras y cunetas.

Noté que los puentes sobre el canal San Carlos estaban llenos de mirones, así que amarré la bicicleta a un árbol cercano y me asomé a ver qué sucedía. El agua sucia arrastraba cientos de cadáveres peludos

y emplumados hacia el Mapocho, en su mayoría perros y gatos, pero también ratones, gorriones, tiuques, bandurrias, loros e incluso culebras, lagartijas, tortugas y hasta algunas iguanas, sin sumar gallinas y otras aves de corral, todas flotando de espalda, como un macabro funeral, prólogo acaso de lo que nos esperaba a nosotros.

¿Qué los había matado? La nieve, algo en el aire, ese viento caliente de la mañana. Me quedé allí un rato, observando los cuerpos sobre el agua y contemplando cómo en una de las orillas del canal un niño pequeño, casi de la edad de Matías, tiraba al agua una caja con cuatro hámsteres petrificados.

–¿Se van a ir al cielo, mamá? –le preguntó a la mujer que lo acompañaba.

–Sí, mi amor.

–¿Y todos estos animales del río, también?

Una gigantesca pitón blanca navegaba estirada bajo el puente. Alguien comentó que pertenecía a un zoológico particular de La Reina, que la había visto antes de la nieve, que medía como cinco metros de la cabeza a la punta de la cola. Mentira, no era tan grande. Me acordé de la serpiente que se volvía una vara de madera en *Los diez mandamientos*, la película esa de Semana Santa con Charlton Heston. ¿Qué haría Charlton Heston en mi lugar?

Regresé a la bicicleta y pedaleé por Larraín hasta Chile España. El panorama no era muy distinto. Más animales muertos, más niños llorando, más abuelas desoladas por sus compañeros perdidos. Cerca de Irarrázaval con Hamburgo, una pareja de edad miraba sin pestañear una jaula con canarios en la que ya no había canarios. La ciudad era un gigantesco responso, como si cada plaza y cada calle se hubiese detenido a despedir a sus habitantes más pequeños. Volteé hacia el San Cristóbal y, tras la aguja de trescientos metros de la torre Costanera, surgió la mole verde azulada del cerro. Visualicé el zoológico y no fue difícil adivinar que, allá arriba, leones, tigres y elefantes habían corrido idéntica suerte que las mascotas acá abajo.

Un funeral para brutos.

La noche en que empezó a nevar habían muerto las máquinas, veintitantos días después los animales, ¿al mes nos correspondería a nosotros? Estaba seguro de que no era el único que había hecho el cálculo.

Al cruzar la intersección de Irarrázaval con Chile España y José Pedro Alessandri me encontré con mucha gente corriendo en dirección a Avenida Grecia. Algunos a trancos largos, otros en bicicleta y los menos en patines. Pensé que era por los animales, pero me equivoqué.

Nadie parecía hacer caso de los perros, gatos, conejos y pájaros amontonados bajo los plátanos orientales. Pensé en la promesa que le había hecho a Leticia, regresar en menos de una hora, ¿pero y si era importante, si de eso dependía el bienestar de mi familia? Giré el manubrio de mi máquina y seguí a la multitud, atropellando en mi camino los cuerpecitos de unos pollos amarillos, unas tortugas de tierra y miles de gorriones desparramados, pisoteados y reventados sobre el pavimento.

Sin separarme de la bicicleta conseguí meterme entre la gente para ver qué era lo que miraban con tanto interés y con tanto espanto. A lo largo de Grecia, entre Alessandri y Pedro de Valdivia, hacia el Estadio Nacional, decenas de casas y edificios de departamentos habían sido quemados. Cenizas y mugre caían de ventanas rotas y llenas de tizne de las pocas murallas en pie; otras estaban completamente en el suelo, cuidadosamente incendiadas en línea recta, como siendo parte de un plan dibujado con presteza. No era un accidente, un cortocircuito no lograba esa matemática coordinación. El frontis de un templo evangélico era lo único que quedaba en una de las esquinas, la nave de la iglesia no era más que un par de vigas descascaradas, como columna vertebral del esqueleto de un desconocido animal prehistórico.

–¿Qué pasó? –le pregunté a un señor que estaba a mi lado.

–Dicen que es gente extraña que vino del sur, traían antorchas. Fueron los mismos que hace una semana reventaron un servicentro allí, en la esquina de Pedro de Valdivia.

Recordé la explosión y la columna de humo negro.

–Pero eso fue de día –le dije.

–A veces vienen de día, en otras ocasiones de noche, la gente de por acá tiene miedo.

–¿Y usted?

–Yo no tengo miedo, si me quieren quemar que me quemen, qué podría ser peor que esto –pateó el cuerpo de una paloma hacia la cuneta más próxima.

–Pero, ¿quiénes son?, ¿habitantes de las comunas del sur?

–No, es gente extraña, no parecen personas. Dicen que tienen la piel marcada con símbolos y los ojos son negros, sin pupila. Ya incendiaron todas las comunas alrededor de Santiago.

–¿Y usted, cómo sabe esto?

–Escucho, amigo…

Miré las casas calcinadas.

–¿Y la gente de esas casas, murieron todos?

–Solo los hombres.

–¿Y las mujeres?

–Se las llevan. Por eso bajan y por eso queman, para llevarse a las mujeres. Mujeres adultas, mujeres viejas, niñas, jóvenes, les sirven todas. Usted entiende –levantó las cejas.

Leticia, Martita.

Volví a mi bicicleta y monté lo más rápido que pude por Los Leones hasta Diego de Almagro, de ahí fui moviéndome hasta llegar a Pocuro con Tobalaba, mi casa. No tardé más de media hora.

Leticia estaba en la cocina jugando dominó con los niños, mientras escuchaban la vieja radio a cuerda. Me disculpé por la tardanza y los abracé.

–¿Han dicho algo en la radio?

–¿Algo de qué?

–No sé, alguna información nueva –respiré nervioso.

–Que los famosos generadores de pulso enviados hace casi un mes desde San Diego aún no llegan a Valparaíso. Esta vez la excusa es el clima a la altura de Ecuador. Tu hermano tiene razón, nunca van a llegar…

–¿Ahora le crees a Jaime?

Leticia puso un chancho cinco en su jugada de dominó.

–¿Qué pasa? –me preguntó enseguida.

–Nada, te quiero, solo eso.

–¿Solo eso?

–Sí, solo eso.

En la radio insistían en que debíamos mantener el orden, prometiendo que ni agua ni alimentos nos iban a faltar.

–Yo también te quiero –me sonrió Leticia.

No le conté ni de los animales ni de lo que había visto en Avenida Grecia, de lo único que estaba seguro era que no iba a dejarlos solos de nuevo, de casa no volvían a moverme. Menos mencioné lo de las mujeres; sin embargo, no pude ocultarlo por mucho, porque seis noches después tuve que matar a un hombre para salvarla.

DÍA VEINTINUEVE

11

En un principio no oí nada, salvo la voz de Leticia llegándome desde muy lejos pidiéndome que despertara. Luego, una breve sacudida y, en medio de la oscuridad, su espanto repitiéndome que había escuchado que alguien andaba en el patio y que estaban tratando de forzar la puerta de la cocina. Le pedí que guardara silencio, que de seguro había sido el viento y me quedé con la palabra gato enredada entre los dientes, tan muerta como el gris de panza blanca que habíamos enterrado hacía dos semanas bajo el árbol o los cientos de gatitos que había visto aquel día desparramados sobre las calles de Santiago o arrastrados por las aguas del canal San Carlos.

–No es nada –le dije tras un rato de absoluto silencio, suficiente como para escuchar enseguida que algo o alguien efectivamente estaba tratando de forzar la cerradura de la cocina.

–¡Ahí está de nuevo! –insistió Leticia.

–Baja la voz –le pedí, mientras oíamos que la puerta chirriaba al abrirse, y unos pasos firmes y al mismo tiempo nerviosos empezaban a adentrarse por la cocina hacia la sala.

–Tal vez es tu hermano, tiene llave –tembló mi esposa.

–No, Jaime no vendría a esta hora.

–Voy a la pieza de los niños –susurró en voz baja mientras saltaba de la cama.

El corazón me latía tan fuerte que estaba seguro de que fuera quien fuera que anduviera abajo podía escucharlo. Sentí la boca seca y un ligero tirón abordándome en los hombros. Frío en el cuello, en la nuca y un molesto temblor en el ojo. Y náuseas, náuseas como de ganas de vomitar, pero más ácidas. Abrí el cajón del velador, tomé la pistola de mi hermano, revisé que el cargador estuviera listo y quité el seguro. El dedo se resbalaba en el gatillo. Apreté los ojos, respiré hondo y arrastrando los pies para no hacer ruido me dirigí a la puerta del dormitorio que Leticia había dejado abierta al salir rumbo a la pieza

de los niños.

No alcancé a asomarme al pasillo cuando sentí que el extraño subía por las escaleras. Me oculté tras la puerta y esperé. Lo sentí caminar lento, detenerse, respirar. Estuvo parado en la parte alta de la escalera, sin moverse, durante treinta segundos que se me hicieron eternos. Imaginé que pensaba en si había alguien en casa, en qué hacer, si avanzar por el corredor, entrar a los dormitorios o volver a la cocina y huir con algo de comer. Extraños días en que llevarse un televisor de pantalla plana o un laptop Apple de última generación no significaba ni valía nada. Afuera, a través de la ventana de mi habitación podía notar que aún seguía nevando. Las manos me temblaban, la respiración se me apelotonó en la garganta, los nervios se agolpaban en mi entrepierna con unas ganas espantosas de orinar, de mear de rabia y de terror. De pronto el desconocido empezó a moverse, a avanzar hacia la puerta entreabierta de la habitación. Cada paso era un aletargado crujir de maderas, una sombra que se acercaba, un latido del corazón que amenazaba delatarme. «Leticia, los niños», pensé. Llegó hasta la puerta y la empujó despacio. A través del espacio que formaban las bisagras con la hoja traté de vislumbrarlo, pero en la oscuridad solo distinguí una sombra con el pelo desordenado y una chaqueta de jeans. Era un hombre, de eso no había duda, la edad indefinible. Noche con noche, podía ser tan joven o tan viejo como mi cabeza lo diseñara. Dio un paso más e ingresó a mi dormitorio.

Entonces una voz rompió la complicidad del silencio.

–Mamá, quiero hablar… –se escuchó la voz de mi hijo, desde la pieza contigua, la del final del pasillo.

También se escuchó el clic de un cuchillo al salir del mango y el resplandor del filo destellar al ser alcanzado por un farol de la calle.

El maldito salió de la pieza y caminó rápido hacia el refugio de mis hijos. Oí como empujaba la puerta, oí como prendía la luz y oí el grito primario de mi mujer pronunciando mi nombre:

–¡¡¡Alberto!!!

El resto fue rápido. Estaba parado con el cuchillo en alto, repitiendo la palabra bonita, bonita y mirando con cara de enajenado a mi esposa, estirando sus brazos hacia ella, suficientemente concentrado en la belleza de Leticia como para no sentir mi presencia por su espalda, menos para reaccionar ante los dos balazos que le entraron por la espalda y lo tumbaron sobre la cama de Martita, manchando las sábanas con sangre.

Leticia tenía los huesos del rostro marcados sobre su cara, el pánico

dibujado en un espectro cadavérico, acaso reflejo perverso de quien había sido mi mujer. La boca entreabierta con los dientes apretados y los ojos a punto de escapar de sus órbitas.

La sangre del hijo de puta escurría sobre las ropas de cama hacia ella, como una vil imitación de las manos que querían tomarla y le repetían bonita, bonita…

–¿Los niños? –le pregunté obligándola a reaccionar.

–Lo mataste…

–¡Leticia! –la sacudí desesperado–, ¡¿dónde están los niños?!

–Debajo de la cama, escondidos. No vieron, pero deben haber escuchado todo.

–Llévalos a nuestro dormitorio, que no vean nada.

–¿Qué vas a hacer?

–Ya veré qué hago, ahora saca a los niños.

Leticia le pidió a Martita y a Matías que salieran y no abrieran los ojos. Apenas se asomaron ella los cubrió con las manos y los condujo a la habitación matrimonial. Matías lloraba desconsolado, Martita preguntaba si había sido un disparo, si habían matado a su papá. Le contesté que no, que yo estaba bien, que fueran con la mamá.

–Vamos, niños –los apresuró mi mujer–, piensen en cinco animales, en sus cinco animales favoritos.

Entendí la idea de Leticia, pero en un mundo donde los animales habían desaparecido, me pareció una mala idea que los llevara a ese lado. Daba lo mismo, ya todo daba lo mismo. Corrí el seguro del arma y la dejé encima de un mueble. Un halo de humo subía en espiral desde el extremo del cañón.

Cerré la puerta y me quedé con el muerto. Lo volteé con cuidado. Era tal cual me lo había descrito el viejo hace unos días en Ñuñoa. El rostro lleno de marcas y dibujos, que no eran tatuajes sino quemaduras, y los ojos, completamente negros sin iris ni pupila. Parecía un hombre, tal vez había sido uno. Revisé las heridas, las balas habían entrado por su espalda y alojado directo en el corazón. Pensé en eso de que la suerte de principiantes a veces puede ser muy macabra. ¿Qué hacer con el cuerpo? Si intentaba moverlo se iba a desangrar por el pasillo, y las manchas, que ahora escurrían sobre el piso del dormitorio de los niños, iban a gotear por toda la casa. Entonces vi la ventana de la habitación, grande y suficientemente amplia como para que pasara un cuerpo delgado. La abrí y miré hacia abajo. Daba directo al patio, sobre la nieve acumulada a un lado de la puerta de la cocina. Extendí ambas hojas y dejé que el viento entrara

desordenado. Respiré profundo, conté hasta diez, estaba seguro de que el ruido del disparo se había escuchado en todo Santiago. Cuando logré controlarme agarré al muerto y lo puse sobre mi espalda, no debí haber dejado el gimnasio, pesaba como una tonelada. Las heridas se abrieron y un chorro de sangre me bañó de pies a cabeza. Aguanté las náuseas, curvé al muerto sobre el borde de la ventana y lo empujé hacia el patio. Crujió seco al impactar contra la nieve, cayendo con los brazos y las piernas estiradas como si estuviera a punto de saltar del trampolín de una piscina.

Lo quedé viendo y vomité encima.

Luego me puse a llorar, con tanto desconsuelo que no pude evitar caer sobre mis rodillas. Lloraba por pena, por rabia, pero más que nada por miedo. Estaba aterrado, no por haber matado a un hombre, sino por lo que se nos venía ahora.

Ni Leticia ni yo volvimos a acostarnos esa noche. Ella esperó que los niños se quedaran dormidos y vino a ayudarme. No hablamos, le pedí que no dijera ni preguntara nada. Sacamos las ropas de cama manchadas con sangre y las arrojamos al patio, dimos vuelta el colchón cubriendo un pequeño rastro rojo con una toalla vieja. Luego trapeamos el piso con agua hasta que no quedó una sola marca. También desinfectamos el pasillo, borrando la más mínima huella del extraño que había venido durante la noche.

Al amanecer, Leticia me confesó que jamás había sentido tanto miedo, que trató de mirar al hombre a los ojos pero solo veía una forma oscura, similar a un animal de presa.

–No era un hombre.

–¿De qué hablas?

–De lo que acabo de decirte, parecía uno, pero no era un hombre.

–Alberto, por favor…

–Trataste de mirar sus ojos, ¿verdad? Me lo acabas de decir… –mi mujer asintió–. ¿No tenía ojos, cierto?

Leticia negó con la cabeza.

–Sus ojos eran negros, completamente negros… Jamás los ibas a poder ver.

–¡¡¡Alberto, por favor!!!

–Te estoy describiendo lo que yo vi –le tomé las manos.

–¿Y qué era entonces?

–No tengo idea –la miré y bajé la voz–. Pero sí sé que venía por ti y por Martita.

–¡¡¡¿De qué estás hablando?!!! –me soltó las manos y se alejó.

Y le conté lo que venía escuchando desde hace días. Que gente extraña, hombres de ojos negros y marcas en la piel, venían a raptar mujeres; que se las llevaban, sin importarles la edad, niñas, adultas, ancianas, todas les servían.

–¿Les sirven para qué? –preguntó Leticia.

–Es bastante obvio, ¿no? –bajé la mirada.

–Martita… –dejó en suspensivo–. La radio no… –trató de armar enseguida.

–La radio lleva veintinueve días diciendo lo que esperamos que diga para mantenernos tranquilos.

–Alberto –me miró con los ojos quebrados en lágrimas.

–En un rato más va a venir Jaime, le voy a pedir que me ayude a enterrarlo y que se quede con nosotros. Es lo mejor para todos, ¿estas de acuerdo?

–Hay que proteger a Martita –fue la respuesta de mi mujer.

–Y a ti.

–No, Alberto, lo único que importa es Martita.

12

Durante la mañana, Leticia mantuvo a los niños ocupados en el ático, mientras Jaime y yo nos ocupábamos de sepultar al muerto en un agujero en la parte trasera del patio. Como había harta piedra de fondo, el hoyo no fue tan profundo y el resultado fue una especie de túmulo que cubrimos con ramas y pastos secos.

–Papá –escuché la voz de mi hijo, mirando desde la ventana del ático– ¿ahí está el cuco?

–Sí, mi amor –le contestó su madre, que apareció tras él junto a mi hija–, ahí el papá y el tío enterraron al cuco. No va a volver más.

–Eres un súper papá –me gritó Matías–. Y tú un súper tío –indicó a Jaime.

–Ponle una cruz –interrumpió Martita–, así no se levanta como vampiro.

Leticia le dijo algo al oído a mi hija y los dejó solos. Escuché que bajaba rápido por las escaleras.

Jaime cortó dos palos, los amarró con una cuerda y clavó la improvisada cruz a la altura de la cabeza del enterrado.

–Listo –el tío le guiñó su ojo derecho a la sobrina.

–Somos mejores que Peter Cushing –agregué yo.

–¿Quién es Peter Cushing? –preguntaron mis hijos.

No tuve oportunidad de responderles que era un actor inglés que había interpretado muchas veces al mejor cazavampiros de la historia y que había sido el jefe de Darth Vader en la primera *Star Wars,* ellos aman *Star Wars* igual que yo.

–Alberto –Leticia nos cortó la conversación–, ven un poco –me miró.

–Niños, hagamos más ritos para evitar que vengan los monstruos –supo improvisar y distraer mi hermano.

–¡¡¡Sííííí!!! –gritaron mis niños, aunque Matías agregó que a él le gustaban los monstruos.

Leticia me llevó hasta la puerta de calle. Afuera, sentado en nuestro porche, estaba llorando el hijo de Carola, la vecina de la casa de enfrente.

Miré a Leticia, Leticia me miró a mí, juntos miramos hacia el otro lado de la calle.

–¡¡¡Emiliano!!! –gritó Matías apareciendo tras nosotros–, ¿vienes a jugar?

Pero Emiliano no respondió, nos veía en silencio y con los ojos mojados.

–¿Dónde está mi mamá? –nos preguntó.

Leticia tomó a Matías y le pidió que esperara un rato, que necesitábamos hablar con Emiliano antes, que después iba a ir a jugar.

–Enterramos a un monstruo, Emiliano –siguió Matías, mientras se adelantaba hacia el patio.

Miré a Leticia.

–Abrí la puerta para ventilar y lo encontré sentado, llorando y preguntando por la Carola.

Asentí y me agaché para ponerme a la altura de Emiliano.

–¡¿Qué pasó, vecino, cuéntanos?! –le sonreí.

–Vine a buscar a mi mamá, pensé que estaba con la tía Leticia.

–No, no está acá, ¿por qué pensaste eso?

–Eso me dijo mamá, que viniera con la tía Leticia.

–¿Cuándo te lo dijo?

–Anoche.

–¿Qué pasó anoche?

–No lo sé…

–¿No lo sabes?

Emiliano negó con la cabeza.

–¿Y tu papá?

Leticia me cogió del brazo y respondió en voz baja.

–No vive en Chile.

–Se fue con otra señora a Estados Unidos. Ya ni siquiera me llama –completó Emiliano.

Otra vez miré a mi mujer.

–Pero anoche escuché algo y mi mamá me dijo una cosa.

–¿Qué escuchaste, Emiliano, qué te dijo tu mamá? –me volví hacia el niño.

–Ruidos en el piso de abajo. Movían cosas, alguien susurraba en otro idioma…

–¿Otro idioma? –interrumpió Leticia.

–Sí, tía Leti, no era inglés porque yo sé inglés… Parecía… parecía chino –volvió a sonarse la nariz– o algo así –dudó.

–¿Y qué te dijo tu mamá?

–Entró a la pieza, me dijo que todo iba a estar bien, que no me iba a pasar nada malo y que debía esperar la mañana para venir a la casa de ustedes.

–¿Y tu mamá no estaba en la mañana?

–No…

–¿Has comido algo, mi amor? –Leticia lo abrazó.

–No…

–Pues vamos a empezar solucionando eso –Leticia le revolvió el cabello con ternura–. Y te vas a quedar en esta casa hasta que tu mamá regrese.

–¿Dónde fue?

Nos miramos con Leticia.

–No lo sé, Emiliano, pero te prometo que la vamos a encontrar.

Emiliano asintió.

–Bueno, mi niño, vamos a hacer algo de comer –Leticia lo condujo hacia la cocina.

Me levanté y miré a la casa de enfrente.

–Emiliano –lo detuve–. Tu casa, la puerta, ¿tienes llave?

–No tío, la dejé junta. No encontré la llave.

Le hablé a Leticia.

–¿Puedes decirle a Jaime que venga? Y que traiga lo que tú sabes, dile dónde guardé la mía.

Mi mujer asintió con un dejo de preocupación arrugándole la frente.

13

No es un adjetivo exacto, pero es el que más se acerca a la percepción que compartimos con Jaime cuando entramos al lugar, una casa impecable. Los sofás limpios y ordenados, la pantalla plana del living desconectada de la corriente, las sillas del comedor en su sitio, salvo una que se encontraba corrida junto a una colección de revistas de puzles y un lápiz Bic de tinta verde.

–Hacía crucigramas, ¿por qué no me la presentaste? –bromeó Jaime, mientras tomaba el lápiz para completar una fila de letras.

–¿Sol egipcio?

–Ra.

–¿Es bonita…? ¿Era bonita?

–¿Carola?

–Quién más.

–Sí, harto, con pecas en la nariz, como te gustan…

–Debiste presentármela. ¿Casada, separada, viuda?

–Separada, hace quince minutos supe que su ex vive en Estados Unidos.

–De todo mi gusto y sin conocerla. ¿Cómo se llama el actor de *Batman*?

–Michael Keaton, Christian Bale, Ben Affleck, Robert Pattinson…

–Bale, ese –escribió.

–Revisa tú el primer piso y el patio, yo iré a los de arriba –le propuse.

Mi hermano levantó el seguro de su arma y consintió con un movimiento de cabeza.

La casa de Carola era idéntica a la nuestra, pero en versión espejo, como todas las de la calle en realidad. Claro, la vecina de enfrente no

había invertido, como nosotros, en reformas, ampliaciones y modificaciones. Parecía una versión antigua, perdida en el tiempo, de mi hogar. Incluso los muebles y detalles eran de otra época. No quise sacar conclusiones, no sé a qué se dedicaba Carola, la había visto solo un par de veces después de que Leticia nos presentara. Más allá de la vecina del otro lado del pasaje, madre del amigo de Matías, seguía siendo una completa extraña para mí.

El baño del segundo piso limpio y con todo en su lugar, las camas de las dos habitaciones desordenadas con ropa en el suelo. El clóset del dormitorio principal abierto. Tuvo tiempo de sacar ropa, de tratar con quien se la llevó, negociar la vida de su hijo quizás. Mucho zapato amontonado, chalecos y chaquetas en el suelo, una mancha negra en las sábanas. Me acerqué a oler. Orina. Miedo. Terror. Las cortinas descorridas. Salí de la pieza y examiné la de Emiliano, aproveché de armar un bolso con ropa y juguetes. Imaginé que el astronauta de peluche que estaba sobre la cama era su favorito, así que fue lo primero que guardé.

La segunda habitación del nivel estaba desocupada, apenas un sofá cama para alojados, además de un mueble encima del cual había otro televisor conectado a un PlayStation. ¿Videojuegos para un niño de cinco años? A Leticia no le gustaría saber eso de su nueva amiga. Colgué el bolso del picaporte de la sala de juegos y me aventuré al ático. Imité a mi hermano, corrí el seguro del arma y ascendí hasta el tercer piso. Nada. Solo suciedad, cajas, baúles con libros, las ventanas en forma de «A» empolvadas y telarañas con insectos y moscas muertas colgando de ángulos y junturas. Era cierto aquello de que las telarañas eran tan resistentes que iban a sobrevivir a la extinción de las arañas.

Fui por el bolso de Emiliano y bajé de regreso al primer piso.

Jaime estaba en el patio, de pie junto al muro que daba a la casa del fondo. Tenía un manojo de llaves en la mano.

–La verde es la de la puerta principal y la azul la de la reja. No probé las otras, pero imagino que también están las del portón –me dijo al verme aparecer.

–Gracias –le respondí, cogiendo las llaves.

–Por acá vinieron, eran dos hombres –apuntó a un espacio de tierra junto al pasto desordenado y seco que completaba el pequeño jardín.

–No son hombres –le respondí.

–¿Te convences de eso para evadir que anoche mataste a un hombre?

–No era un hombre lo que maté.

–Y te creo, solo que me llama la atención lo tranquilo que estás, te desconozco… Nunca pensé que defender a una familia pudiera transformar a una persona como tú.

–Pasarlo de conciliador y acostumbrado a evadir los problemas a un hombre de acción.

–Como el abuelo cuando hablaba de la UP.

–El abuelo era facho.

–Todos somos fachos cuando nos tocan lo que nos importa, Alberto. Recuerda hace unos años, meses después del plebiscito constituyente, la gente que vivía alrededor de Plaza Italia… Plaza Dignidad –repitió con burla–, hasta el más zurdo acabó saliendo a la calle pidiendo que los milicos balearan a la primera línea con tanques y metralletas. La naturaleza humana es facha, de derecha… Lo zurdo, lo que ahora llaman progre es solo una manera de controlar, de evitar que lo autoritario termine dominando…

–¿Cuándo te volviste tan inteligente?

–Cuando tú te volviste lo suficientemente valiente como para matar a un hombre, o lo que fuera eso que entró a tu casa –recalcó– con tal de salvar a tu familia.

–Es sorprendente lo que puede hacer el miedo, Jaime.

–Lo sé, nos convierte en depredadores.

–Y eso me aterra más que la gente que merodea por las noches.

–¿Cómo le vas a decir al niño que su madre no va a volver?

–No se lo voy a decir...

14

El resto del día nos dedicamos a proteger la casa. Cubrimos puertas y ventanas con partes del Mini y de la Expedition, y rodeamos la verja de la calle y la pandereta del patio con alambres y un rudimentario sistema de alarma hecho con piedras y tarros de pintura vacíos, materiales que tenía en el cobertizo desde los arreglos que hicimos después de la pandemia.

–Tenías razón con tu porfía –reconoció Leticia, mientras clavaba unos alambres.

–¿Con cuál de todas?

–La de negarte a botar todo esto, para mí solo era basura…

–Para mí también.

–Pero no quisiste hacerlo.

–De flojo.

–Pues tu flojera quizás nos salve la vida –me dio un beso corto en los labios y siguió trabajando.

Antes de que cayera la noche y volviera a nevar, Jaime fue a su departamento a buscar ropa, utensilios de aseo, herramientas y vales de comida. Se instaló en la cama del ático, Martita se acomodó con nosotros y Matías compartió pieza con Emiliano. El otro dormitorio permanecía cerrado desde que maté al extraño.

–Hasta que vuelva mi mamá –dijo Emiliano, cuando acomodó su astronauta de peluche en la cama que le correspondía.

–Sí, hasta que vuelva tu mamá –tres adultos le mintieron a un niño.

Esa noche, mientras los niños dormían, vimos como hombres, o seres que parecían hombres, caminaban por las calles portando antorchas. Daban trancos pesados y lentos, se detenían, miraban, olfateaban y avanzaban. No corrían ni se mostraban inquietos, todo lo contrario, lo perturbador en ellos era su tranquilidad.

–Como si tuvieran todo el tiempo del mundo –susurró Jaime.

–Tienen todo el tiempo del mundo –le contestó Leticia.

Oímos quebrazón de vidrios y escuchamos gritos de mujeres, también disparos, muchos disparos en varias manzanas alrededor.

–Es como *Frankenstein*, la versión antigua en blanco y negro –comentó mi hermano, apretando el mango de su pistola.

–Pero acá no hay un solo monstruo y tampoco es bueno, esto es peor –agregó mi mujer–. Tenemos que salir de Santiago, sacar a los niños de aquí –pensó en voz alta, justo en el instante en que una de las alarmas artesanales hizo rodar piedras sobre el tejado y dos sombras optaron por arrancar en dirección a Tobalaba.

–Sí, hay que salir de Santiago.

–Y yo sé cómo –respondió Jaime–, aunque necesito un par de días para organizarlo.

DÍA TREINTA Y DOS

15

Ayer cumplimos un mes desde la primera nevada.

Los últimos días transcurrieron tranquilos. La mayoría de los vecinos nos imitaron y se blindaron al interior de sus hogares. Algunos vinieron a pedir ayuda, les entregamos planchas de zinc, alambres y fierros. Aunque nos pidieron ir con ellos nos negamos, argumentando que no íbamos a dejar ni la casa ni a los niños solos. Algunos entendieron, otros no.

–¡Cada familia es una isla, eso es egoísmo! –gritó alguien de la cuadra siguiente.

–Eso es cierto, somos una isla y no queremos formar un archipiélago –le contesté cerrando la puerta.

No a pocos les desagradó que nos negáramos a prestar herramientas. No lo íbamos a hacer, no podíamos perder la mínima ventaja en el actual estado de las cosas.

–Cuando la torta se dé vuelta…

–La torta no se va a dar vuelta.

No me contestó.

Ya van dos noches sin hombres extraños en la calle, sin resplandores de llamas y sin explosiones. Lo único que se mantiene sin variar es la nieve. La nieve sin nubes, la nieve con más de treinta grados de temperatura, la nieve que se evapora antes de la salida del sol.

Jaime había salido temprano, prometiendo volver con novedades. Regresó a eso del mediodía cumpliendo su promesa.

Después del almuerzo, dos huevos fritos para cada uno y un vaso de leche en polvo, mi hermano nos ayudó a lavar la loza y limpiar la cocina. En el patio, Emiliano, Matías y Martita se mojaban con una manguera. El aire hervía a 36 grados.

–Ya ni siquiera preguntan por los animales –habló Leticia, mirando a los niños.

–Es como si todo el mundo los hubiera olvidado. Ya no hay animales en Santiago y da lo mismo –le respondí, mientras raspaba la grasa de un sartén.

–Nos acostumbramos a todo, incluso a que los perros y gatos estén todos muertos. Hipocresía, al final los bichos nunca importaron tanto. …

–O al menos no más que las personas –Leticia lo miró.

–Dicen que son mutantes…

Mi mujer y yo miramos a Jaime.

–¿Qué cosa?

–Los hombres de ojos negros, los que queman las casas y secuestran mujeres.

–¿Mutantes de qué?

–No lo sé, Alberto, es lo que dicen afuera. Supuestamente unos milicos capturaron vivo a uno y un doctor lo examinó. Ya sabes, alguien le dijo algo a otro alguien y así…

–¿Cómo así?

–El doctor este lo examinó y concluyó que era una mutación.

Fuera de la ventana, Martita reclamaba que solo la mojaban a ella.

–¿Pero mutación de qué? –Leticia estaba interesada, yo me encogí de hombros.

–La teoría del satélite –ambos asentimos–, al parecer el cono de silencio que proyectó sobre la Región Metropolitana venía acompañado de una clase de radiación experimental que afectó a hombres entre catorce y cuarenta años. No a todos, pero sí a una gran mayoría, y los convirtió en mutantes. No son personas, no son humanos, no hablan, no miran, son como criaturas a control remoto.

–¿Cómo a control remoto?

–Eso, carecen de voluntad, alguien los guía y los envía a quemar ciudades... A mantenernos aterrados.

–Y a raptar mujeres… –Leticia fue taxativa.

–Eso es lo más raro –Jaime la miró.

–¿Qué es lo raro?

–Uno pensaría que el rapto de mujeres es para… Bueno, para abusarlas y violarlas.

–La cultura de la violación –Leticia no se quedó en sutilezas.

–Sí, bueno –tartamudeó mi hermano–, sé que es tema para ti, por eso no quería decirlo.

–No te voy a funar –se burló–. Además, ya a nadie le importan las funas.

–¿Alguna vez importaron?

–Empezaron como una necesidad cuando no había justicia –mi mujer levantó el tono.

–Y terminaron como un chiste que a nadie hizo gracia.

–Terminaron cuando se terminó el mundo…

–¿Podemos volver a lo relevante aquí y ahora? –los bajé–. ¿Qué era lo tan raro de estas criaturas? ¿En eso estabas, Jaime?

–No tienen sexo.

–¡¡¡¿Cómo que no tienen sexo?!!!

–Eso, no tienen sexo, carecen de genitales, pene –marcó–, son como un muñeco Barbie, Ken, G.I. Joe… –me dio risa–. Toda esta parte –se indicó la entrepierna–, la tienen negra, como una costra. Bueno, eso cuentan…

–¿Entonces si no pueden procrearse, para qué quieren mujeres?

–No lo sé, cuñada.

–Mutantes radiactivos –repetí recordando que en algún lugar del océano Pacífico continuaban perdidos los generadores que nos iban a salvar. La radio ya ni siquiera los mencionaba. Miré el aparato de cuerda que estaba sobre un anaquel, hacía días que no lo prendíamos. Para qué, la señal AM se había convertido en un continuo pasar de canciones antiguas, bandos militares repetidos y mentiras que ya nadie compraba.

Jaime tomó un vaso, lo llenó de agua y dio un trago.

–Sobre lo otro –siguió hablando.

–Lo importante.

–Encontré a una persona que puede sacarnos…

–¿Cuándo? –Leticia se aceleró.

–Dijo que, si estábamos de acuerdo con las condiciones, nos esperaba dentro de tres días a las siete de la mañana, en una dirección que me indicará mañana cuando le entregue las condiciones.

–¿Qué condiciones?

Jaime nos miró.

–¿Dinero? –le pregunté.

–No. Las llaves de esta casa y de los autos. Ok, ok –se adelantó–. Sé que los autos no les sirven, que además los usamos para blindarnos, pero pueden reducirlos. Me recalcó que solo debemos llevar lo esencial: ropa, agua para un par de días, el efectivo que tengas, todo el resto se queda en la casa.

–Todo –suspiró mi mujer, mirando la cocina, los muebles, el patio.

–Y hay algo más…

Leticia y yo miramos a mi hermano.

–Cuando empecé a negociar éramos una sola familia.

–¡Somos una sola familia! –exclamé.

–Ya no –Jaime apuntó al patio, Emiliano perseguía a Matías con la manguera.

–¡Emiliano no es una familia, es solo un niño de cinco años! ¡Está solo!

–Pero no es de la familia y esta gente tiene sus reglas.

Miré al hijo de Carola y pregunté:

–¿Qué quieren?

–No es tan difícil, el precio es el mismo. Las llaves de la casa de enfrente y todo lo que hay dentro.

–¡Pero no podemos entregar una casa que no es nuestra!

–Sí, podemos –le respondí a Leticia.

Entonces vino el grito.

Y muchos gritos sobre la cuadra, la calle y todas las calles de la ciudad.

16

Leticia dejó caer el plato que limpiaba y corrió al patio. Yo la seguí apenas me recuperé de la reacción inicial. En medio del jardín trasero, a los pies del árbol donde habíamos enterrado al gato, a los pájaros y al mutante, Martita y Matías estaban abrazados y arrodillados, temblando y llorando. Apenas nos vieron corrieron a abrazarnos. Mi hijo estrechó a mi mujer, mi hija a mí.

–Emiliano –temblaba Martita.

–Se llevaron a Emiliano –lloraba Matías.

Giré la cabeza despacio. A pocos metros estaba tirada la manguera, sin nadie que la tuviera en las manos. Del hijo de Carola, del vecino de enfrente, del amigo de mis hijos no quedaba rastro. Dirigí la mirada hacia la puerta de la cocina. Jaime estaba de pie, pálido como un papel, con la mano derecha completamente ensangrentada. Había apretado tanto, que el vaso que tenía agarrado se quebró contra su palma.

–Tu mano –le dije a mi hermano.

–Yo lo vi –temblaba su voz–. Vi como el niño desapareció.

–¡¡¡Basta, Jaime!!! –le gritó mi mujer, tratando de calmar a nuestro hijo mejor.

–Estaba ahí –apuntó mi hermano, sin hacerle caso a su cuñada–. Jugando con la manguera y de pronto… De pronto una luz y el niño desapareció… Yo lo vi desaparecer, Alberto, lo vi irse, se esfumó como por arte de magia.

–Cinco comidas más ricas –tartamudeó Matías metiendo su cabeza bajo el brazo de Leticia.

Era el truco que mi mujer les había enseñado, pensar en cinco cosas favoritas cuando tenían miedo o angustia. Lo aprendió en un curso de neurolingüística, concentrarse en un patrón de cinco se usaba para tratar las crisis de pánico. Si funcionaba con gente mayor, recuerdo

que me dijo, también podía servir con niños.

–¿Papá? –trató de hablar Martita, pero no la dejé, era mejor guardar silencio por un rato, demasiadas preguntas, demasiados pendientes.

–Alberto, quédate con los niños, hay que curar la herida de tu hermano –me alcanzó a Matías y se dirigió a la puerta de la cocina–. Jaime, ven conmigo al baño, eso se puede infectar.

Mi hermano asintió.

–Va a doler –siguió ella.

–Lo sé –respondió en automático mi hermano mirando al cielo.

La manguera con agua continuaba mojando el pasto.

17

Emiliano no fue el único que desapareció. Cuando escuchamos el grito de nuestros hijos, este se multiplicó en el eco de gritos similares, emitidos por adultos y niños por toda la manzana. Y en todas las manzanas de la ciudad. Dejé a mis hijos durmiendo siesta con Leticia, a Jaime recuperándose de su herida y saqué la bicicleta para recorrer los alrededores. Le prometí a mi mujer que no me alejaría demasiado.

–A lo más cinco cuadras…

–Lo prometes.

–Te lo juro.

Y ahora cumplo mis promesas.

Había gente en las calles. Familias abrazadas llorando, hombres y mujeres sentados en las soleras, con las cabezas metidas en los brazos tratando de entender qué había pasado. No era primera vez que sucedía, la desaparición inexplicable de personas venía ocurriendo desde el día uno, pocas horas después de la primera nevada. Sin embargo, jamás había ocurrido de manera tan masiva. Seis de cada diez casas o departamentos del área urbana de Santiago habían perdido al menos a uno de sus habitantes. No había una regla fija, podía ser un hombre, una mujer, un no binario incluso; la edad daba lo mismo, todo era gatillado en random como si se tratara de una macabra lotería. En las últimas dos horas el rapto había dejado de ser un mito urbano para convertirse en otra realidad extraña de nuestros próximos días.

Sin embargo, lo más perturbador era la actitud de los que estaban en las calles, mirando al cielo, buscando alguna respuesta en el despejado caluroso que nos cubría. Pese al horror, la angustia y la sorpresa, lo que imperaba era la tranquilidad. O mejor dicho el conformismo. Estaban los llantos, los gritos y la neurosis, pero todo nadaba bajo la capa de una aceptación de las cosas que choqueaba, que espejeaba nuestra propia situación. Es verdad, habíamos resuelto

salir de Santiago, pero por otro lado no nos preguntábamos para qué. Yo había matado a un hombre. Bueno, a un algo que parecía un hombre, un mutante según mi hermano. En otra etapa de mi vida no hubiese podido dormir tranquilo nunca más. Y ha ocurrido todo lo contrario, como si el crimen cometido (porque lo fue) hubiese sido una pieza más en el particular lego de este último mes. No solo he logrado descansar, comer y respirar como si todo fuera una firma más de los tiempos; ayer en la tarde con Leticia aprovechamos un rato libre para encerrarnos dentro de su auto a hacer el amor. Y funcionamos. Nada de nervios o estrés que hubiesen maquinado contra su excitación o mi erección. Fue relajante, necesario, estimulante incluso. Tal vez era la nieve. Sí, la nieve podía ser la culpable. Cada noche a las diez, quizás nos adormece y nos atonta, para que lo extraordinario en lo que estamos metidos se sienta como la más trivial de las continuidades, como si tras la sorpresa todo volviera a ser como era uno o dos días atrás. Por eso no nos aburrimos de comer todos los días lo mismo, de estar encerrados dentro de nuestras casas, de simplemente esperar a que la nieve termine y vuelva a haber dinero en los cajeros automáticos, porque en el fondo eso es lo único que queremos: la normalidad que aspiramos a que regrese, la del dinero en los cajeros y bancos, la de los saldos con más números en la pantalla que solo una sucesión de ceros.

–Ellos perdieron a su niña de tres años y al abuelo de setenta, que vivía en el departamento 405 –me comentó una señora mientras podaba las ramas muertas de un arbusto decorativo que se enredaba en la reja exterior de un edificio residencial cercano al cruce de Colón con Martín de Zamora–. Son mis vecinos, escuché los gritos y salí al pasillo.

Detuve mi bicicleta y me acerqué.

–Ya no hay ni bichos que se coman las plantas, pero el calor y la nieve las están matando. Si no es por mí, que las cuido y riego, se mueren también –continuó, evadiendo la realidad de que las plantas ya estaban podridas–, porque soy la única que se preocupa de ellas. Aunque no sé para qué, si el mundo ya se acabó –me miró.

–¿Por qué dice eso?

–¿Usted no lo cree? Tal vez seguimos vivos y no nos falta nada, pero estamos en una cinta sin fin donde todos los días son iguales. Además Dios ya se llevó a los animales y ahora se está llevando a los elegidos, que yo creo que son los que le caben en su nave, porque Dios es un extraterrestre y sus nubes, platillos voladores.

Me reí.

–Tal vez tenga razón.

–Y si no la tuviera, ya da lo mismo.

–¿Usted no perdió a nadie?

–A mis gatos, el día en que murieron todos los gatos del mundo…

–De Santiago –la corregí.

–Amigo –ella arrugó su cara–, ¿cree de verdad que esto solo ocurre en Santiago?

No le respondí.

–Me dio pena un día –siguió la mujer, mientras cortaba el tallo gris de un rosal que ya no daba rosas–, pero a las horas todo había vuelto a ser un paso lento de horas, como si no importara.

–¿Entonces no le desaparecieron a nadie?

–La verdad no lo sé. Mi esposo murió hace dos años, por complicaciones por el COVID.

–Lo siento.

–Yo no tanto, fíjese…

No le respondí.

–Tengo dos hijos. Mi hija mayor vive en Australia, el menor en Antofagasta, y desde la nevada no he podido hablar con ellos. No sé cómo están, no sé si existen aún Australia y Antofagasta… ¿Y lo cierto?

–¿Lo cierto, qué?

–Nada, no me haga caso. ¿Usted tiene familia?

–Sí.

–¿Viven con usted?

–Sí.

–Tiene que estar preparado.

–¿Para qué tengo que estar preparado?

–Usted lo sabe… Mírese, se ve inteligente, educado, privilegiado, pasó por la universidad de seguro –asentí–. No me haga decirle para qué tiene que estar preparado.

–No es muy optimista.

–Sí, lo soy, demasiado. Pero...

–¿Pero qué?

–Estoy vieja... Los viejos hablamos tonterías, es la única libertad que nos queda. Ahora discúlpeme, voy a ir a cuidar las plantas del

patio de atrás –indicó con la tijera podadora–, mire que parece que al Dios extraterrestre no le gustan las plantas, de otra manera se las habría llevado con los animales.

–Mató a los animales, no se los llevó.

–Mató el cuerpo de los animales –me corrigió, antes de encaminarse hacia la parte posterior del edificio.

18

–No, no es en el Apocalipsis, por eso no lo encontraste –me corrigió Jaime, quitándome la Biblia.

Con la mano herida le era difícil hojear, pero eso no mermaba su ansiedad. Afuera nevaba, arriba los niños dormían. Leticia había decidido abrir la última botella de vino que nos quedaba.

–Hay que despedir la casa como corresponde, tal vez el jueves no volvamos más a Santiago, salud por eso.

–Salud por eso –levanté mi copa.

–Salud –repitió en automático mi hermano, sin dejar de buscar en la Biblia.

–Entonces estamos de acuerdo en que mañana solo entregarás la llave de la casa de Emiliano y Carola a tu contacto.

–Sí... Sí... –seguía en automático, Jaime–. La nuestra, es decir la de ustedes, es la garantía para cuando nos saque de Santiago.

Miré a Leticia.

–¿Desde cuándo te convertiste en experto en la Biblia? –preguntó ella.

–Desde que todo se fue al carajo, cuñadita.

–Juraba que el fin del mundo estaba solo en el Apocalipsis –agregué yo.

–Como todo el mundo, por culpa de las películas y del mal catecismo. Pero no, el Apocalipsis solo es un libro profético, de visiones y cosas así. Todo el relato del fin del mundo se encuentra repartido por el resto del Nuevo Testamento.

–La Biblia –insistió Leticia.

–No, solo en el Nuevo Testamento. El Antiguo, la otra mitad de la Biblia son relatos históricos, a nadie le importa. Lo relevante para

nosotros, para los cristianos, comienza en Mateo…

–Me sorprendes –di un trago.

–Yo me sorprendo, hermano. Pero ya sabes, estudié Derecho, tengo buena memoria y soy obsesivo.

Recordé a la anciana de la tarde, la del edificio de Martín de Zamora con Colón.

–Aquí está, lo encontré –abrió una página y comenzó a leer–: Mateo, capítulo 24, versículos del 37 al 40 –lo de la obsesión no era broma–: «La venida del Hijo del Hombre», o sea Jesús –explicó–, «será como en tiempos de Noé. Porque en los días antes del diluvio comían, bebían y se casaban y daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no supieron nada de lo que sucedería hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del Hombre. Estarán dos hombres en el campo: uno será llevado y el otro será dejado».

Leticia me miró.

–Hay más –siguió Jaime, buscando en otras páginas de la Biblia–, aquí está, Primera de Tesalonicenses, capítulo 4, versículo 17: «Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre».

–Es como una abducción masiva, miles de ovnis en las nubes –exageré.

–Alberto, no apagues el incendio con bencina –la voz de Leticia delataba una rápida embriaguez.

–Hay más –siguió Jaime.

–¿Viste? –mi mujer apuntó a mi hermano.

–El versículo anterior, el 16, dice así: «El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero». ¿Entienden?

Di un trago a mi copa de vino y negué con la cabeza. Leticia me imitó.

–Aquí está todo.

–En el Apocalipsis que no es el Apocalipsis.

–Ya te expliqué.

–Y yo entendí –di otro sorbo–. Pero qué es todo lo que está ahí.

–Muertos en Cristo –marcó mi hermano–. Ellos resucitarán primero. Y no sabemos qué harán. ¿Captas? Ellos son los que nos han estado

atacando, tú mataste a un muerto en Cristo…

–No me jodas –me atoré, escupiendo vino sobre la mesa.

–No te jodo, son como zombis, resucitados.

–¿Que hace una semana no eran mutantes, que un doctor lo había descubierto? –jaque mate de mi mujer.

–Hay que estudiar todas las opciones, la verdad no tenemos idea de qué son o qué está pasando. Y resucitados es mucho mejor nombre que mutantes.

–Eso es verdad.

–Así es la cosa –prosiguió Jaime–. Ellos primero, luego poco a poco el resto irá siendo raptado, llevado a los cielos, hasta que no quede una persona sobre la faz de la Tierra.

–¿Dios?

–Dios tiene muchas formas.

–Esta tarde –les conté–, hablé con una señora que cuidaba las plantas de un edificio por acá cerca. Según ella, Dios era un extraterrestre.

–Por eso dijiste que lo del arrebatamiento de la Biblia era como una abducción masiva –apuntó mi mujer.

–¿Qué bebes que adivinas?

Leticia me tomó la mano izquierda y me dio un cariñoso beso en la palma.

–Y es probable que sean extraterrestres. Alberto, cuñada… Esto es una invasión, nos encerraron en las ciudades para cosecharnos de a poco.

–¿Estudiaron nuestras creencias religiosas y las usaron para atacarnos?

–Esa es una posibilidad.

–¿Y la otra?

–Que Dios efectivamente sea un extraterrestre, una raza superior que nos creó y que ahora viene a recuperar lo que le pertenece, este planeta y a nosotros…

Los tres adultos sentados a la mesa nos quedamos mirando.

–Sin embargo, hay algo que tu hipótesis no responde, querido cuñado –marcó Leticia.

–¿Qué cosa?

–Por qué los «resucitados» –marcó las comillas con las manos–, vienen por mujeres.

–Pico idea –mi hermano cerró la Biblia–, pero algún propósito debe haber, algo que no se escribió en la Biblia.

Leticia levantó su copa, yo llené la mía.

–El tío Jaime tiene razón –habló una voz menuda desde la parte baja de la escalera al segundo piso. De manera instintiva, mi mujer, Jaime y yo nos volteamos.

–¡Martita, qué haces fuera de la cama! –Leticia se levantó y caminó hacia nuestra hija.

–El tío Jaime tiene razón –repitió la niña–, son extraterrestres, yo los vi cuando se llevaron a Emiliano.

19

Leticia terminó un vaso de agua de un solo trago. No era necesario hacerlo de golpe, la borrachera se había evaporado con la aparición de Martita. Jaime se rascó las vendas de la mano y fue el único de los adultos presentes que continuó con la botella de vino, un carmenere reserva que estaba muy bueno.

–¿Cómo es eso de que viste a los extraterrestres, mi amor? –mi mujer acercó a nuestra hija a su regazo.

–Sí, mamá. Yo los vi y Matías también, por eso nos asustamos tanto, no porque Emiliano desapareciera…

–¿No te importa que tu amigo se fuera?

–No –negó con la cabeza–, porque él va a estar mejor que nosotros.

–¿Cómo sabes eso? –miré a mi hermano.

–No lo sé, pero lo creo.

–¿Quieres agua?

–No, mamá, no quiero nada, solo que me creas.

–Te creemos –dije yo, allegándome a mi hija.

–¡Puaj! –exageró ella–, qué asco, tienes olor a vino.

De una carrera fui a la cocina, llené un vaso con agua y lo bebí tan rápido como Leticia lo había hecho, aproveché de enjuagarme la lengua antes de tragar.

–¿Qué fue lo que viste, sobrina? –preguntó Jaime, detrás de su copa de vino a medio acabar.

–Emiliano estaba persiguiéndonos con la manguera para mojarnos, ustedes nos dieron permiso.

–Sí, todo está bien, amor, estaban jugando –la tranquilicé, volviendo de la cocina.

–Mientras ustedes limpiaban y hablaban sus cosas de grandes.

–Cosas de grandes –repetí con una sonrisa.

–Sigue por favor, amor –Leticia apretó las manos de su hija.

–Emiliano nos estaba persiguiendo con el agua y Matías se puso detrás de mí para usarme de escudo, entonces algo brilló en el cielo.

–¿Algo?

–Sí, algo, papá. No sé qué era, pero fue un brillo, como el del espejo del auto cuando le da el sol.

–Pudo haber sido el sol.

–Eran las tres de la tarde, papá –me corrigió al acto–. El sol a esa hora ya está detrás del edificio de los gritones, tú mismo nos lo enseñaste.

Hacia el poniente de nuestro patio hay una torre residencial que mira hacia avenida El Bosque. Justo mirando a la casa destacaba un departamento ocupado por unos jóvenes que antes de la nevada acostumbraban a celebrar fiestas todos los viernes y sábados, incluso durante la pandemia. Por más que uno reclamara a la policía o a seguridad ciudadana no se calmaban. Les pusimos los gritones. Después del primer día del resto de nuestras vidas, dejaron de silbar y de gritar, tal vez a ellos (o a uno de ellos) también se los llevaron.

–Sí, tienes razón –le dije a mi hija.

–Con Matías miramos al cielo y ahí estaba…

–¿Estaba qué cosa? –interrumpió mi hermano.

–No era una cosa, tío, era como una ventana.

Miré a mi hermano y a mi mujer. Mi hija continuó su relato.

–Una ventana redonda abierta en el cielo. Dentro había dos seres…

–¿Cómo eran esos seres? –Leticia preguntó en tono pausado.

–Como sombras, muy altas y delgadas. Tenían brazos largos y las cabezas grandes y en forma de pepino. No los pude distinguir mucho porque brillaban por detrás y porque todo sucedió en unos segundos, mamá. Los vimos y desaparecieron llevándose a Emiliano. Después la ventana se cerró y el cielo volvió a ser el cielo.

–No estaba tan loco –murmuró mi hermano levantando los brazos.

–¡¡¡Cállate, por favor!!! –le gritó Leticia. Jaime se encogió de hombros.

–Martita –me acerqué–, ¿por qué dices que eran extraterrestres?

–Porque eran igual a los extraterrestres de las películas, pero más altos.

Miré a Leticia.

–¿No podemos irnos mañana? –preguntó mi mujer.

Jaime negó moviendo la cabeza.

–¿Irnos dónde, mamá? –preguntó Martita.

–A la playa, mi amor –le mintió su madre–. ¡Ya, vamos a la cama, es tarde! Durmamos juntas –y la tomó de la mano.

–Pero te lavas los dientes antes, que todavía te queda olor a vino y me da asco.

–Con enjuague –le prometió Leticia, llevando a nuestra primogénita a la escalera que conducía al segundo piso.

Esperé que las mujeres de la casa nos dejaran solos, para reemplazar el agua por vino. No me alcanzó ni para dos dedos.

–Extraterrestres –pronunció Jaime–. ¿Ves que tenía razón, y que todo eso del satélite experimental era un invento del gobierno? Las conspiraciones son reales, Alberto, siempre lo han sido. Estoy seguro de que esto comenzó con el COVID y con las vacunas que nos pusieron después. No eran chips, eran señales que indicaban a quiénes se iban a llevar y a quiénes iban a dejar acá para sus experimentos. En eso estamos hermano, en un experimento.

–Jaime, por favor… En un rato eres religioso experto en la Biblia y a la hora te vuelves conspiranoico.

–Estoy borracho.

–Eso es cierto.

–También enlisto mis opciones.

–Como sea, no las enlistes delante de Leticia.

–Es el fin del mundo hermano y le sigues teniendo miedo a tu mujer. ¡Salud! –levantó su copa.

–¡Salud! –levanté la mía.

DÍA TREINTA Y TRES

20

–Tengo sueño… –se quejó Matías apenas lo sacamos de la cama. No recordaba si alguna vez lo habíamos despertado tan temprano. Es probable que no. Al contrario que Martita, mi hijo menor siempre durmió de corrido, ni por hambre se despertaba. Al mes de nacido se apagaba a las ocho y media y no volvía a abrir los ojos hasta las siete del día siguiente. Leticia decía que Matías era la guagua ideal y tenía razón. Por el contrario, Martita nos desveló hasta que cumplió dos años, cuando recién logró encontrar sus horarios de sueño. Su crianza fue insoportable para nuestro descanso y con ese antecedente el más chico de la casa fue literalmente un angelito, de hecho fue tal el trauma nocturno llamado Martita que pensamos en no tener más hijos. El enano chico fue un accidente e imagino que por ese detalle creció tan bien portado.

Fue por eso que Matías quedó totalmente desconcertado de que a las cinco de la mañana le interrumpiéramos el sueño. Mas no quedaba otra, a las siete de la mañana en punto, el contacto de Jaime nos esperaba en las Torres de Tajamar.

–¿Qué pasa? –se asustó Martita.

–Nada mi amor –la tranquilizó Leticia–, nos vamos a la costa, como ya te había contado. Es mejor que seguir en Santiago.

–Me dijiste que era la playa.

–La playa o la costa es lo mismo.

–Pero si no hay auto…

–Nos vamos a ir de otra manera.

–¿De qué manera, mamá?

–Ya vas a ver, ahora a levantarse y a lavarse los dientes.

–En la radio dicen que no se puede salir de Santiago.

–En la radio dicen puras tonterías, ahora puedes apurarte –mi

mujer se esforzaba por no gritar.

Cuando escuché a mi hija mencionar lo de la radio, fui a la cocina y guardé la vieja transistor a cuerda que durante un mes nos había mantenido en contacto con el mundo.

–Eso no es esencial –sonrió mi hermano.

–Nos puede servir, quién sabe.

Repartimos el efectivo que había en casa entre los tres adultos y cada uno cargó una mochila pequeña con lo esencial, la idea y la orden era viajar liviano.

–¿Mascarillas? –le pregunté a Leticia al verla guardar el botiquín del COVID que fue nuestro Santo Grial hace dos años.

–Los cincuenta barbijos que nos quedan, paracetamol y jabón líquido, puede sernos útil.

Y de hecho lo fueron.

Martita portó una cuarta mochila con termos con agua, cargadores, baterías y los celulares, listos para ser usados si acaso fuera de los límites urbanos regresaba la señal.

Tras cerrar la casa caminamos rápido y en silencio en dirección poniente. Previo a la partida, Leticia se quedó mirando la casa y trató de que no la viéramos llorar. Lo cierto es que tanto ella como yo lloramos. Jaime fue atinado y apartó a los niños, hablándoles de que íbamos a jugar a las pistas a través de calles chicas, de esas que nadie conocía. La idea no era lúdica, sino parte de una estrategia para evitar cruzarnos con policías o militares; aunque la probabilidad de encontrar uniformados era baja. Cada vez eran menos los uniformados en las calles, no se necesitaban, el miedo había resultado el mejor regulador conductual. Además, si era cierto aquello de que los alrededores del centro urbano ya habían sido tomados y quemados, era probable que las llamadas comunas conflictivas ya ni siquiera existieran. A veces pienso tan parecido a mi hermano. En el fondo soy un conservador de derecha oculto bajo el paraguas progre de una mujer con ideas de izquierda, el más cómodo de todos los estatus.

Aún quedaba nieve en las calles, aunque el calor del pavimento se había encargado de derretirla, tarea que en un rato más iba a finiquitar el avance de la mañana. Las calles solitarias, las ventanas con las cortinas corridas, poca iluminación en las calles, una ciudad que a esa hora resultaba más fantasmal que en las últimas seis semanas, desde que la primera nevada nos despertó a una nueva realidad.

–¿Dónde vamos? –preguntaba Matías.

–De paseo –le respondió Jaime, mientras le tomaba la mano llevándolo a la vanguardia de nuestra improvisada caravana.

Tras desayunar en el camino, desembocamos en Avenida Providencia a la altura de Carlos Antúnez, desde donde podía verse el clásico conjunto habitacional hacia el cual nos dirigíamos y que alguna vez, muchas décadas atrás, fuera el símbolo del progreso en la comuna más boyante de Chile. Al menos antes de la pandemia, antes de tantas otras cosas.

–¿Por qué las Torres de Tajamar? –le preguntó Leticia a mi hermano.

–Son las instrucciones, ahí nos darán las razones, me imagino.

–A cambio de las llaves de mi casa.

–Ya no es tu casa, Leticia.

–Siempre lo va a ser. Este trato… –dudó mi mujer.

–¿Qué pasa con el trato?

–No lo sé, Jaime, cada vez me gusta menos. ¿Estás seguro de que podemos confiar en tus amigos?

–No, Leticia, no estoy seguro y no son mis amigos –mi hermano fue cortante–, pero no teníamos alternativa.

–Sí, la teníamos. Aún la tenemos –me miró.

Le respondí negando con la cabeza, no íbamos a volver a casa.

21

Tres hombres nos esperaban en el patio central de las Torres de Tajamar. Llevaban capas de agua sobre la espalda y dos de ellos escopetas. El mayor del grupo tendría unos sesenta años y se mantenía en buen estado físico a pesar de su notoria panza. Bebían agua y masticaban marraquetas duras mojadas con un aceite amarillo que chorreaba de una botella plástica.

–No se asusten –se adelantó Jaime, caminando hacia el líder del grupo.

Leticia abrazó a Martita y a Matías. Yo metí la mano dentro del bolsillo y levanté el seguro del arma. Ya había matado a un hombre, dicen que el segundo es más fácil.

–Personas puntuales –habló el jefe del trío, caminando junto a Jaime hasta donde nosotros nos encontrábamos. Tenía un tono de voz pausado, que transmitía calma. Yo habría confiado de inmediato en él, Leticia jamás.

–Alberto, Leticia –presentó Jaime–, el pastor Aliro…

–Expastor –corrigió el hombre–. El gusto en conocerlos es mío, estoy acá para servirles. ¿Ellos deben ser Matías y Martita? Hola, niños.

Refugiados en su madre, mis hijos miraron con timidez al exreverendo.

–Señor, señora –continuó con amabilidad–, gracias por confiar en mis servicios. Él es mi hijo menor –uno de los otros levantó la mano– y el otro mi sobrino, estamos acá para servirles.

–Fue mi hermano quien confió en usted –le hablé yo.

–Y más que servirnos, le estamos pagando –Leticia fue categórica.

–Es cierto y entiendo su actitud defensiva, señora. Yo en su lugar la tendría. Le cuento, todo lo que se me paga lo reparto entre los

necesitados de mi comunidad. Hacia el poniente de Santiago la gente no es tan afortunada como en la vieja Providencia.

–¿Su comunidad? Lo escuché decir que era expastor.

–Lo soy. Es decir, cuando Dios te abandona, ¿quién puede seguir a un predicador? Hay que aterrizar, poner los pies en la tierra y ubicar a las personas por sobre el creador. Durante treinta años fui presbítero para la congregación Alianza Cristiana y Misionera. Le mentí a mi gente acerca del arrebatamiento y de la venida de Cristo Rey. Es decir, hay gente arrebatada, pero no la están llevando al cielo.

–¿Cómo lo sabe?

–No lo sé, pero es lo que escogí creer. –Asentí–. La fe desaparece, pero la responsabilidad social no y lo que era mi templo hoy es un refugio para asustados, gente sin casa, personas que necesitan a un reverendo de hombres no a un mentiroso bíblico.

Miré a Leticia, ella no parecía conmoverse con las palabras del hombre.

Metí mi mano al bolsillo y saqué el manojo de llaves.

–La segunda parte del cobro…

–Espera –me detuvo Leticia, interponiéndose entre Aliro y las llaves–. Aún no nos informa cómo nos sacará y hacia dónde.

–Señora, nuevamente tiene toda la razón –retrocedió–. No solo fui pastor evangélico en mi vida previa a la nevada, por años trabajé como técnico de vías para el metro. Conozco todos sus secretos y recovecos. Así fue como descubrí que el inicio de la línea 1 del exferrocarril subterráneo atraviesa el cono invisible sobre el cual parece estar Santiago y a partir de la Estación Pajaritos puede salirse de la ciudad al mundo libre.

–¿Mundo libre?

–Señora, si tuviera un teléfono o una cámara le mostraría yo mismo lo que hay allá afuera.

–¿Qué hay? –lo interrumpí.

–Sol, verde, gente libre, personas tratando de solucionar la crisis de la ciudad. Muchos militares, sorprendentemente amables. En los últimos veinte días he estado sacando una familia diaria a través de los túneles del metro, y si estuviera en mis capacidades doblaría esa cantidad. Pero no hay tiempo y hay necesidades. Ahora ustedes son libres, ustedes ven si continúan o si prefieren regresar, yo no los voy a obligar. Si prefieren les entrego las llaves de la otra casa y aquí no ha pasado nada.

–La otra casa era solo garantía –habló Leticia–, ahora que no llevamos al niño con nosotros, no debería ser parte de la tarifa.

El pastor evangélico retirado metió su mano derecha al bolsillo de su pantalón y sacó un llavero.

–Se las devuelvo entonces, es verdad, no puedo cobrar por un servicio que no daré. Guarde las llaves, quizás cuando esto acabe tal vez pueda volver a Santiago y usar esa casa.

–No –lo miró mi mujer–, quédesela, ya no hay nada en esta ciudad que nos amarre. ¿Alberto? –me miró.

–Antes de pasarle las llaves, una pregunta.

–Usted manda…

–Las estaciones del metro están cerradas, las entradas fueron demolidas por las autoridades y los túneles de ventilación reforzados.

–Por eso estamos aquí en las Torres de Tajamar. ¿Imagino que ambos usaron el metro más de una vez? –mi mujer y yo asentimos, Jaime también–. E imagino que nunca notaron algo inusual en la línea 1 entre las estaciones Salvador y Manuel Montt.

–No –contestó mi hermano.

–Verá, cuando este lugar, las Torres de Tajamar fueron diseñadas y construidas, se pensó en el conjunto como una pequeña ciudad satélite. Las cuatro torres residenciales –las indicó–, una placa a nivel piso para locales comerciales –siguió indicando–, este patio de luz y un terminal para buses interurbanos.

–¿Terminal de buses? –pregunté extrañado.

–Las pasarelas techadas que no llevan a ninguna parte. ¿Nunca se preguntó cuál era la utilidad? Arquitectura modernista de mediados del siglo veinte, todo era utilitario. Se intentó replicar la idea de mangas de aeropuerto, que comunicaran a los autobuses con los salones de espera y las oficinas de las líneas interurbanas. Jamás funcionó y la loza para los buses se convirtió en estacionamiento. Hasta inicios de este siglo, algunas líneas de viaje interregional mantuvieron oficinas acá e incluso arribaban buses. Sin embargo, las normas del municipio terminaron prohibiéndolos.

–Aún no contesta la pregunta de Alberto –presionó Leticia.

–Resulta que el subsuelo del lugar es aún más interesante, señora. ¿Recuerdan que les acabo de contar que las Torres de Tajamar fueron proyectadas como una mini ciudad?

–Sí –respondió la voz aguda de Martita. Mis hijos estaban muy entusiasmados con el relato de Aliro.

–Pues las ciudades también tienen subterráneos. Junto a los niveles de estacionamientos se construyeron dos teatros bajo tierra, con la idea de crear un gran centro de eventos en lo que entonces era el corazón de Santiago Oriente. En uno de ellos, el más chico, funcionó por años un club nocturno para caballeros.

Jaime torció una sonrisa ante la sutileza del exhombre de Dios.

–El otro teatro, el más grande, proyectado como una gran sala de conciertos jamás fue terminado, pero la superestructura permanece aquí debajo. En esos años, ya se construía la línea 1 del metro y ya que las Tajamar iban a ser un gran punto citadino, se planeó una estación aquí debajo, conectada al túnel de ingreso al segundo teatro y de ahí a los edificios y al exterior de Avenida Providencia –apuntó a la desierta avenida–. La base estructural de la Estación Torres de Tajamar fue levantada pero nunca terminada, de ahí que les preguntara si nunca vieron algo inusual en mitad del trayecto entre Salvador y Manuel Montt. Da lo mismo –negó mientras conversaba–, muy pocas personas alguna vez se percataron que ahí había andenes de una estación fantasma.

–Estación que no está bloqueada.

–Porque nadie sabe que existe. Ahora si les parece, nos quedan de tres a cuatro horas de camino por delante. Yo iré al frente, mi hijo y mi sobrino en la retaguardia. Vengan conmigo, hay que ingresar a la torre más grande y de ahí bajar al estacionamiento.

Aliro apuró el tranco unos tres metros delante de nosotros, mientras su sobrino nos ofreció marraquetas con aceite.

–No, gracias –le respondí.

–Yo quiero probar –Matías le habló en voz baja a Leticia.

–Después –lo conformó ella.

–Tanta conversación –se quejó mi hermano–, ya deberíamos estar en camino.

–Sirvió para que los niños descansaran, apúrate y no reclames más –lo tomé del brazo y lo llevé conmigo, detrás de Leticia y los niños.

22

–Al menos ya no hay ratas ni ratones –se quejó Leticia cuando pasamos junto a los andenes de la Estación Baquedano.

–Ni serpientes, ni otra clase de alimañas –agregó mi hermano.

–Mamá, tengo frío –reclamó Matías.

Y era cierto, bajo la ciudad la temperatura era cada vez más baja. Solo la ansiedad y el continuo caminar nos mantenía en un calor adecuado, aunque resultaba cada vez más evidente que a medida que avanzábamos el frío se acrecentaba. Leticia abrió mi mochila y sacó dos parcas que puso sobre los hombros de los niños.

Llevábamos once minutos bajo tierra y aún nos quedaba mucho camino. A través de los estacionamientos subterráneos de las Torres de Tajamar, copados de autos moribundos y sucios, accedimos a un túnel de mantenimiento que daba con el anfiteatro soterrado y secreto. Cuando escuché a nuestro guía no imaginé que fuera tan grande, pero el espacio que se abría bajo el conjunto residencial más emblemático de Providencia podía acomodar fácilmente a unos mil o tal vez dos mil espectadores. De haberse terminado, Santiago habría contado con una agradable sala de conciertos en el corazón de la ciudad.

Hacia un costado del anfiteatro, formando un semicírculo por el borde del hemiciclo, se alargaba un corredor de cemento sin terminar que bajaba hasta una serie de rampas desde las que se accedía a lo que efectivamente era una estación de metro fantasma. Planchas de acero protegían las vías, tapando la mayor parte de la superestructura, exceptuando la entrada norponiente al túnel que debió mantenerse abierta para no tapar el ducto de ventilación que aireaba desde la superficie. A través de esa esquina, unos quince metros de andén, brincamos a las vías y nos adentramos hacia el escape de esta ciudad muerta.

Aliro, su hijo y su sobrino iluminaban nuestro camino con linternas

a batería. Nos advirtieron que avanzáramos solo por el centro de las vías, ya que a pesar de que no había electricidad, la humedad resbaló los metales y maderas, y el riesgo de tropezar y caer no era menor.

–Acá tampoco se fue la energía, como en las casas –explicó–, pero los cables de poder fueron cortados cuando se taparon las estaciones.

–¿Cortados de bajar el interruptor o de cortar?

–Ambos, mi amigo. Primero la palanca, luego las hachas.

–¿Personal del metro?

–No, el Ejército.

–¿Y para qué?

–No tengo la menor idea –el viejo arrugó la boca al responder.

El olor a podredumbre nos obligó a cubrirnos la boca con las mascarillas, que Leticia había sido previsora en traer. Incluso compartimos tres con nuestros guías.

–De vuelta al tiempo del Coronavirus –comentó el sobrino del pastor, que se llamaba Germán.

A pesar de la protección de los barbijos, a ratos la fetidez era tan fuerte que el asco y las náuseas no se aguantaban. Paredones y suelo estaban mojados y con barro, chorros de agua caían desde las esquinas y en algunos bordes se había formado escarcha y estalactitas de hielo. Helechos y plantas afloraban cerca de las estaciones y ductos de ventilación, siendo lo único con vida que crecía en las arterias subterráneas de la Región Metropolitana. Aunque por un lado tranquilizante, resultaba perturbador la total ausencia de ratas, insectos y reptiles. Nada se movía en los túneles, nada se arrastraba y nada acechaba. Odio las arañas, pero extrañaba las telas bajando por juntas y ángulos. Un planeta sin bichos ni animales. La sola idea de que la condición fuera la misma más allá de los límites de la ciudad me provocaba pena, una desolación que se conectaba con mi yo niño; los perros y gatos que tuvimos en casa, incluso el conejo que Jaime dejó escapar.

Pasando Baquedano nos encontramos con el primer convoy abandonado. Diez carros en perfecto estado. Salvo la humedad y el polvo, el mes de abandono no había hecho mella en la estructura blanca y reluciente del que se suponía era el mejor ferrocarril subterráneo de Latinoamérica.

–¿Tú eres Matías, verdad? –le preguntó Aliro a mi hijo.

–Sí, ese es mi nombre –respondió mi pequeño no sin antes mirar a su madre, para ser autorizado a hablar con un extraño.

–¿Conoces la historia del gran guarén?

–No…

–¿Sabes lo que es un guarén?

–Un ratón grande, como de este porte –abrió sus brazos–, más grande que un gato.

–Exactamente, en otros lados los llaman ratas.

–Son horribles.

–Pues imagina un guarén del tamaño y la ferocidad de un león.

–Mentira –estiró la palabra Matías.

–Cierto, mi amigo –el viejo era muy empático–. El gran guarén era el terror de los que trabajábamos en la noche en el metro. Varias veces enviamos cazadores y militares, pero no lograron encontrarlo, nadie conocía mejor los subterráneos de Santiago que él. Y nos decían que debíamos mantener el secreto, que nadie podía saber del monstruo que respiraba bajo los pies de la ciudad. ¿Anduviste en metro alguna vez?

–Papá, ¿anduve en metro? –me preguntó Matías, mirándome.

–Sí, pero eras muy chiquito, no te acuerdas, fue antes de la pandemia.

–Yo sí me acuerdo –habló Martita.

–¿Pues alguna de esas veces en que anduviste en metro, se detuvo el tren de manera misteriosa en mitad de un túnel?

–Sí, parece que sí –dudó mi hija–, no sé, ¿papá?

Levanté los hombros.

–Sucede que esas detenciones –continuó el expastor– eran porque el gran guarén andaba haciendo de las suyas.

–¿Y qué pasó con él?

Aliro se encogió de hombros.

–Hace años que dejó de aparecer, tal vez murió de viejo o creció tanto que quedó atrapado en una tubería.

–O murió con el resto de los ratones, después de la nieve –dijo Martita, acercándose a su hermano.

–Lo importante es que ya no está vivo y no nos puede atacar.

–Sí, mi pequeño amigo, eso es lo importante.

Jaime se adelantó unos pasos, poniéndose por delante del expresbítero.

–Silencio –miró hacia atrás–, ¿escuchan?

–¿Qué cosa?

–Eso, agua… agua cayendo, como una catarata. ¿La oyen?

Era verdad. Hacia delante se colaba el sonido de algo que se sentía como una cascada.

–Eso, mis estimados –habló Aliro–, es otro de los secretos subterráneos de Santiago.

23

El piso del túnel se había desplomado poco antes de llegar a la Estación Santa Lucía. La erosión, los cambios de temperatura e imagino que tiempos de daños estructurales habían cedido, tal vez producto de la misma detonación invisible que condenó nuestra ciudad a la ceguera, abriendo un boquete en la vía dirección oriente del ferrocarril. Brecha lo suficientemente grande para que cuatro o hasta cinco vagones del antiguo metro se precipitaran por esta.

–Con cuidado, caminemos apegados al borde norte del túnel, siempre por el centro de las vías –nos guió el viejo expastor, mientras con mi familia contemplábamos el desastre que había sacado a la luz otro de los grandes secretos que nuestra ciudad ocultaba bajo tierra.

El ruido de cascada era precisamente eso, el ruido de una cascada. O más bien de un salto de agua, considerando sus reducidas dimensiones, no más de cinco metros de alto por unos siete de ancho.

–¿Eso es un río? –preguntó Leticia asombrada.

El enorme hoyo dejaba ver un tan antiguo como majestuoso sistema de ingeniería hidráulica.

–Exactamente, mi estimada señora, eso es un río y las obras que están viendo tienen poco más de doscientos años –precisó nuestro guía.

Un río canalizado corría bajo nuestros pies y se desplomaba encima de una pequeña laguna que represaba el curso antes de enviarlo en dirección norponiente.

–Con ustedes –siguió Aliro– el verdadero Mapocho.

–¿Verdadero? –pregunté.

–Exactamente, mi amigo, ¿imagino que recordarán sus clases de historia en el colegio? –el exreverendo usaba mucho la palabra imagino. Comodín de su pasado de predicador, tal vez.

Leticia asintió, yo y mi hermano nos miramos. Jaime arqueó las cejas.

–Es mi materia favorita –respondió Martita.

–Pues sabrán que una de las principales obras urbanas del gobierno de Bernardo O'Higgins en 1818, fue la construcción de la Alameda, por eso lleva su nombre. Estas se realizaron sobre lo que era originalmente el brazo sur del río Mapocho.

–¿Brazo sur? –preguntó Jaime.

–Jaime, hasta el siglo diecisiete el río Mapocho bajaba desde la cordillera en un solo curso, pero donde hoy está Plaza Italia…

–Plaza Dignidad –corrigió mi mujer más por aguar la fiesta que por ideología.

–Como quieran llamarle –formado en la fe evangélica, Aliro era consensual–, el asunto es que en ese sector el río se dividía en dos, convirtiendo todo lo que hoy es el Parque Forestal hasta el cerro Santa Lucía en una isla. Alrededor del cerro, este brazo sur se curvaba en un meandro que alcanzaba el curso principal, donde hoy está el Museo de Bellas Artes.

–¿Y este río subterráneo es ese brazo? –preguntó Leticia.

–Así no más es. Pero no se puede tapar a la naturaleza, ya que esta siempre se abre paso…

–*Jurassic Park* –pensé en voz alta, acarreando miradas de simpatía, burla y también reprobación.

–Por esa razón –nuestro guía no tomó en cuenta mi interrupción–, se construyó una inmensa red de canales, o más bien ríos subterráneos bajo la Alameda, con la tarea de encaminar el río de manera soterrada hacia el norponiente. Esto a posteridad arrastró dos grandes dilemas. Uno de ellos fue la construcción del metro, que obligó a la mantención diaria de las zonas donde las vías iban por encima del río, como aquí –apuntó al agujero–. Cinco días sin refacciones y todo se vino abajo… La otra fue aún más complicada, ya que para no poner en riesgo la zona urbana de la ciudad, el curso original se giró hacia lo que hoy es el Parque O'Higgins, bajo el cual se construyó un embalse al cual llegan tanto este río como gran parte de las aguas servidas de la capital. Aunque no lo crean, la elipsis del parque, donde hasta hace años se realizaban desfiles, paradas militares y festivales de música, es en realidad una gran tapadera para este tranque soterrado, del cual se abren canales en dirección sur, hacia el Zanjón de la Aguada y al norte, donde el Mapocho se cruza con la Norte Sur.

–Lo recuerdo, hay una especie de represa bajo el puente de la

autopista –habló Jaime.

–Una bocatoma, es el término exacto.

–¿Y cuál fue el problema? –regresé a la conversación inicial.

–Ustedes son jóvenes, pero quizás cuando eran niños recuerdan los temporales en invierno en Santiago.

–Sí –respondió mi hermano.

–Pues se acordarán de las imágenes televisivas del río desbordándose a la altura del puente Pío Nono e inundando la Alameda y Providencia. –El lado adulto de mi familia asintió–. Pues eso era el viejo Mapocho tratando de recuperar su curso original. Hay que agradecer a los obreros de la temprana Independencia por la calidad de sus obras. A pesar de esos desbordes, el casco histórico de la ciudad, donde hoy nos encontramos, lograba superar inundaciones de todo tipo.

–A lo mejor el gran guarén se ahogó en ese río –comentó mi hijo, causando risas espontáneas como de mal final de temporada de una serie con problemas de guión.

Pero el Mapocho subterráneo no fue la única sorpresa que encontramos en nuestras horas caminando bajo la antigua capital de Chile. Pocos kilómetros hacia el sur, entre las estaciones Moneda y Los Héroes, tropezamos con otro hito sombrío de la ciudad, un túnel ferroviario que se dividía de la vía principal curvándose en amplio hacia el norte.

–La línea 3 original –indicó nuestro viejo caudillo subterráneo al vernos mirar lo que se extendía hacia nuestra derecha–. Estamos exactamente bajo la Torre Entel, lugar donde se proyectó originalmente esta vía hacia la comuna de Recoleta, que como pueden observar usaba rieles convencionales, ya que se pretendían usar los automotores semiurbanos en servicio en la entonces empresa de Ferrocarriles del Estado.

–Pero la línea 3 se construyó en otro trazado.

–Sí, porque era muy peligroso sacar lo que se dejó acá.

Aliro se adentró un poco hacia el túnel e iluminó con su linterna. Hacia unos treinta metros de nuestra posición, siguiendo el giro de la curva, había dos trenes ocupando ambas vías. Uno de los convoyes era de carga, el otro del tipo cisterna con estanques para el transporte de combustible. La corrosión y el óxido había hecho mella en los carros y a no ser por las mascarillas la fetidez a metal podrido habría sido realmente insoportable.

–A fines del siglo pasado estuvimos a punto de irnos a guerra con

Argentina.

–¿De verdad, mamá? –preguntó Martita, mientras Matías se quejaba de estar aburrido de caminar.

–Sí, de verdad –contestó mi mujer, en tanto Jaime se encargaba de tomar en brazos al menor de la familia.

–La guerra estuvo más cerca de lo que la mayoría de la gente piensa y la junta militar de Pinochet ordenó a metro entregar las obras iniciadas de la línea 3 para guardar pertrechos en caso de un bombardeo e invasión a Santiago. Yo era joven, pero recuerdo las reuniones secretas con los militares y la gerencia. Decían que espías chilenos en Buenos Aires habían interceptado comunicaciones entre el Ejército y la Fuerza Aérea Argentina, en la cual se planificaba el despliegue de aviones de ataque a tierra desde Mendoza, con el objetivo de arrasar con Santiago, especialmente con este sector –miró hacia el techo del túnel– que es el punto estratégico y de poder de todo el país.

–¿Y esos son los pertrechos? –indiqué.

–Exactamente, mi amigo… Una parte de ellos –respiró–. El túnel completo, que llega hasta Estación Mapocho, poco antes del punto donde se junta la actual línea 2 con el trazado final de la 3, está repleto de vagones de ferrocarril, cargados de explosivos y estanques con combustible para vehículos de guerra. Poco más allá hay incluso carros de transporte con tanques, la mayoría imposibles de recuperar. El tamaño y peso de las cargas, y lo peligroso de las mismas, llevó a que finalmente se decidiera dejar esto tal como quedó y trazar la línea un poco más al oriente, perpendicular con la Estación Universidad de Chile.

–¿Podemos descansar un rato? –pidió Jaime, apenas Aliro terminó su relato.

–Por supuesto, además es bueno que los niños y ustedes respiren fuera de las mascarillas, también que coman y beban algo. Es decir, no llevamos ni la mitad de la ruta –Leticia suspiró–. Nos detendremos media hora en los andenes de la Estación República –marcó el expastor evangélico–, si les parece.

Claro que nos parecía.

24

–Mamá estoy cansada, me duelen todos los dedos de los pies, hemos caminado como mil horas –exageró Martita, pocos metros después de pasar junto a los andenes de la Estación Ecuador.

–A mí también –hizo eco Matías.

–No seas fresco –lo miró mi hija mayor–, has pasado la mitad de la caminata en brazos del tío o del papá.

–Soy chico –le contestó.

–¡Ya basta! –Leticia les cortó la conversación–. Ya estamos llegando. Esa que se ve ahí –apuntó a la claridad al fondo del túnel– es la penúltima estación, ¿verdad, don Aliro?

–Verdad, señora.

–Odio las mascarillas –siguió quejándose mi hija–, me estoy bebiendo mi propio sudor.

–Qué asquerosa –respondió Matías–, además hace demasiado frío para que estés transpirando.

–¡Habla la guagüita que ha ido en brazos todo el viaje! ¡Debimos haber traído su coche mejor! –devolvió con burla.

–¡Niños, suficiente! –intenté callarlos.

–¡Odio la máscara! –Martita era majadera.

–Perfecto, sácatela y vas a vomitar con el olor que hay aquí abajo.

–Odio todo esto, si me hubiesen dicho que íbamos a caminar y a caminar sin parar, me quedaba en casa.

–Eres una niña chica, no te podías quedar sola en casa –la abracé.

El hijo del expastor se acercó y le ofreció agua a mi hija, ella se negó.

–Nunca me dijiste que íbamos a caminar tanto.

–No hay autos desde la nevada, ¿cómo querías que llegáramos acá?

–Y cuando salgamos del túnel, ¿cómo nos vamos a ir a la costa?

Miré a Jaime, mi hermano respondió con una mueca.

–Afuera de los túneles, cuando salgamos, todo será normal, ¿verdad, señor Aliro? –habló mi mujer.

–Confíen, niños –respondió el exhombre de Dios.

–Cierto –interrumpió Matías–, él lo dijo cuando nos conocimos en las Torres, que él había visto lo que hay afuera, verde y gente feliz, ¿verdad?

–Verdad, amigo Matías. Dios bendiga la mente de los niños y su prodigiosa memoria.

El peregrino evangélico avanzó un tranco por delante de nuestra fila.

–Pensé que ya no creía en Dios –le comentó mi mujer.

–Creo en él –subrayó–. Es más, estoy seguro de que hay alguien allá arriba, señora –lo de hay alguien allá arriba era especialmente significativo tomando en consideración nuestro periplo subterráneo–, lo que perdí fue la fe, que es muy distinto.

–¿Entonces no cree que ese alguien sea Dios?

–Lo creo, lo que ya no creo es que ese Dios sea alguien omnipresente, que se preocupa por nosotros y que envió a su hijo unigénito a salvarnos del pecado. Eso es pura fábula. La fe que le tenía ahora es fe hacia ustedes –nos miró–, hacia el ser humano. Es lo que me importa, lo que me mueve y lo que quiero salvar.

–¿No es una conversación un poco densa para ir con niños? –Jaime se me acercó al oído.

–Matías no entiende nada y Martita ha escuchado cosas más densas.

–El mal genio de Leticia –curvó una sonrisa de burla.

–Cállate, que si te escucha…

–Sobre lo otro, lo que acaba de decir tu hija.

–¿Qué de todo lo que acaba de decir mi hija?

–Lo que nos espera afuera…

–¿Qué ocurre con eso?

–¿Le crees a Aliro?

–¡¡¡Y me preguntas a mí!!! –levanté un poco la voz–. Fuiste tú quien lo contrató, dijiste que era seguro.

–Y lo es, de todos los datos que me dieron y con todos los «guías» que conversé –primera vez que usaba esa palabra–, el reverendo me pareció el más serio y confiable, por su pasado cristiano, evangélico. Pero no sé…

–¿Qué no sabes?

–Si afuera las cosas siguen como en Santiago y tenemos que arriesgarnos, con tu mujer y dos niños chicos, en un mundo como el de *Mad Max*...

–¿Y recién ahora me lo dices?

–Puta, huevón, igual me preocupa. ¿Te acuerdas cuando lo hablábamos? Que ni tú ni yo sobreviviríamos un día en un mundo como el de *Game of Thrones*. Nos matarían o nos violarían antes del atardecer.

–Párala, por favor, Jaime.

–Dudas, ¿acaso tú nunca las tienes?

Los andenes de la Estación Las Rejas nos recibieron con una claridad opaca que se filtraba desde la superficie a través de los ductos de ventilación. Chorros de agua se desplomaban sobre las vías, rebotando en forma de una bruma húmeda que cubría la apertura completa de la boca oriente del túnel.

–Cuidado –nos advirtió el guía–, son aguas sucias de canales de deshechos de Pudahuel.

–Si hubiese energía, estaríamos muertos –comentó mi hermano, pateando los cables de electricidad que iban junto a los rieles.

–¿Muertos? –preguntó Matías.

–El tío que habla tonteras –Leticia agarró al menor del grupo, no sin antes pulverizar a Jaime con una mirada.

–¿Entonces esta es la penúltima estación? –Martita le habló a nuestro guía.

–Sí, la penúltima. Cruzando el próximo túnel está el otro mundo.

Leticia fue la primera en traspasar la cortina de agua, protegiéndose con su brazo derecho y sin disimular el asco ante la naturaleza del rocío que caía desde la superficie.

–¿Don Aliro? –miró hacia atrás, nombrando a nuestro guía.

–Mande.

–Es decir, rara vez tomé el metro hasta acá abajo. Pero recuerdo haber venido hasta Pajaritos a coger un bus para Viña –me acerqué a mi mujer– y pasando esta estación las vías salen a la superficie.

–¿Y qué es lo extraño?

–Que Pajaritos no es subterránea.

–Sí, tiene razón –respondió Aliro.

–Entonces –Leticia apuntó a la boca poniente del túnel–, hacia allá debería verse la luz del día, estamos en verano y han de ser las doce.

–Es la una con quince de la tarde –corrigió el hombre de Dios.

–No me ha contestado lo que le pregunté…

–Es que tiene razón, hacia el túnel debería verse la luz del día.

Miré a mi hermano, luego al pastor que nos encaminaba. Su hijo y su sobrino se abrieron alrededor nuestro y se ubicaron a las espaldas del expastor cristiano, obligándonos a dar un paso hacia atrás.

Metí mi mano al bolsillo y crucé mis dedos sobre la empuñadura de la pistola, un resoplido gélido bajó por mi espalda. Una mirada rápida y mi hermano hizo lo mismo, a pesar de lo dificultoso que le resultaba por la herida en su palma. Leticia allegó a nuestros hijos a su lado, protegiéndolos tras sus brazos.

–Calma, todo está bien –la voz de Aliro ya no solo era tranquila, resultaba insoportable en su paz–, si quieren ver luz del día la van a ver.

Mi hermano quiso decir algo, pero se tragó cada una de sus palabras.

–Mamá –habló mi hija, refugiándose en Leticia– ¿qué pasa?

–¿Sabían que Dios nunca dijo hágase la luz? –siguió Aliro–. Tal vez porque Dios nunca fue dueño de la luz.

–¡¿Quién cresta es usted?! –levanté la voz, sacando la pistola para apuntar al hombre de Dios directo a los ojos.

–También es mentira que siempre es más fácil matar por segunda vez.

Jaime aferró su arma y dirigió el cañón hacia el hijo del hombre que nos había movido a través de la línea 1 del viejo metro de Santiago. Ellos ni siquiera intentaron levantar las escopetas.

–Usted cómo supo… ¿Jaime?

–No le he contado nada –pronunció mi hermano, mientras la pistola temblaba en su mano herida.

–Hay ojos por todos lados, amigo mío. Y su última pregunta parte de un error. No es quién soy, estimado Alberto, sino quiénes somos…

–¿Quiénes son? –fue mi hija la que preguntó, mirando asustada al

reverendo subterráneo.

–Marta –la detuvo Leticia.

–Una legión, mi pequeña amiga –respondió el exreverendo de la iglesia Alianza Cristiana y Misionera.

Y entonces se hizo la luz.

25

Al inicio fue un orbe muy brillante que se materializó bajo el arco de entrada al túnel poniente de Las Rejas. A pausa de respiración la esfera fue estirándose como un pulpo de luz cogiendo piedras, lozas y concretos con sus tentáculos amarillos para finalmente destellar por completo el interior del subsuelo cóncavo. No era luz natural, no era luz de día ni luz de electricidad; era una luz que se podía tocar, que no resultaba natural.

Y dentro de la luz había alguien.

–¡Papá! –Martita corrió a abrazarme.

–Cinco –le recordé el truco de su madre.

Matías seguía agarrado de la mano derecha de Leticia, mientras mi hermano continuaba con el arma apuntada hacia quien se aparecía por delante. Un alguien que no era el pastor ni su hijo ni menos su sobrino.

–Son ellos, los que se llevaron a Emiliano –susurró mi hija, apretada a mí. Su pequeño cuerpo temblaba entero, contagiándome con sus tercianas.

–Alberto… –murmuró Jaime con el cañón de su pistola tiritando al frente.

–Lo sé, lo estoy viendo.

Leticia solo abrazaba a Matías y permanecía gélida a mi lado.

Tres siluetas nos miraban desde el centro de la luz. Eran muy altas y muy delgadas, de unos tres metros de estatura. Las piernas finas y huesudas, y los brazos desproporcionadamente largos. Poseían dos codos, el segundo a la altura de las muñecas, que aguantaban manos de cuatro dedos muy puntiagudos similares a garras. El cuello esbelto y elevado soportaba una cabeza en forma de cono invertido, que entre los destellos de luz se apreciaba triangular y de formas rectas.

«No hay rectas en la naturaleza», pensé.

Mi hija tenía razón, era como el cine nos había imaginado a los extraterrestres desde que tenía memoria. Leticia dio un tímido paso hacia atrás.

–No tiene de qué preocuparse, señora –habló Aliro.

Tuve ganas de saltarle encima y molerlo a golpes, daba lo mismo que jamás en mi vida me hubiese ido a los puños. La desventaja, la superioridad numérica y esas tres formas altas y amenazantes que habían aparecido en medio de la luz eran un detalle que no me importaba nada.

De un momento a otro la intensidad de la luz comenzó a bajar y las siluetas se hicieron distinguibles en sus detalles.

–¿Son robots, papá? –habló Martita.

–Robots de otro planeta –agregó Matías–, como los de *Star Wars*.

–Sí, como los de *Star Wars* –sumó mi hermano, sin bajar su arma, a pesar del evidente dolor en su palma derecha.

Efectivamente parecían ser robots. Las formas no eran orgánicas, estaban compuestas en su totalidad de un metal gris oscuro, casi negro, muy pulido y brillante, donde el reflejo de todo lo que las rodeaba se curvaba. Yo mismo me vi en el pecho de la criatura que iba por delante, como un monstruo marino, similar al rebote de un espejo cóncavo.

No tenían ojos ni rasgos que les otorgaran humanidad, eran enteramente lisos y absolutamente negros. Continuaban siendo intimidantes, pero ya no tan amenazantes como en la primera aparición.

–¿Qué está pasando? –balbuceó mi mujer–, ¿dónde nos viniste a traer, Jaime?

–Yo no… no –tartamudeó mi hermano.

–¡Te dije que no confiáramos en Jaime! –Mi mujer nerviosa podía ser hiriente y solía ser majadera en aquello de que la honestidad no era rentable.

–Leticia, no teníamos cómo…

Entonces la figura del centro, en la que yo me reflejaba como un monstruo marino, rompió el silencio.

–Exacto, Leticia –fueron sus primeras dos palabras, en castellano neutro, sin acento–. Ni Alberto ni Jaime tenían cómo saberlo. El pastor Aliro y sus compañeros han sido buenos guías para decenas de familias como ustedes.

La voz era femenina, de una mujer de edad mediana, entre cuarenta y sesenta años. Calmada y bien pronunciada, aunque no había manera de saber por dónde emitía los sonidos. Y no, no era a través de la mente, de forma telepática como cabría en una mala película de ciencia ficción. Esa cosa estaba hablando, generaba sonidos vocales desde algún punto en la mitad inferior de su cabeza en forma de cono invertido, alargada como escultura de faraón egipcio. Tal vez eran ciertos esos disparates de alienígenas ancestrales del canal History y estábamos ante tres dioses de la antigüedad que en realidad eran seres de otro mundo. Nefertiti, esa fue la identidad que le di a la criatura, aunque Nefertiti no fuera precisamente una diosa sino una reina del Nilo.

–¿Quiénes son ustedes? –mi mujer se atrevió a preguntar, haciéndose cargo de la valentía y de la primera línea familiar.

–No es la mejor pregunta para comenzar.

–¿De dónde vienen, entonces?

–Mucho mejor pregunta… De muy lejos.

–¿De dónde? –me atreví a preguntar yo, insistiendo en lo que Leticia ya había preguntado.

–La pregunta exacta no es de dónde, sino de cuándo.

Jaime me miró de reojo.

–¿De cuándo? –me mantuve en la pista que ella quería.

–Pronto lo sabrá, Alberto. Antes hay cosas más importantes, como la razón por la cual estamos aquí.

Simplemente respondimos con la mirada.

–Para ofrecer un trato…

–¿Qué clase de trato? –marcó Leticia.

–Uno que salvará a su familia.

El ser que nos hablaba caminó hasta situarse a pocos metros de nuestra posición. De haber estirado sus brazos habría podido tocarnos.

–Sería bueno que bajara el arma –le propuso el viejo pastor a mi hermano.

–Solo si él así lo desea –lo corrigió Nefertiti.

Miré a Jaime, él optó por bajar la pistola, pero sin correr el seguro.

Entonces Nefertiti comenzó a cambiar.

Primero fue una línea blanca en zigzag que le bajó desde la frente hasta la posición donde se supone estaba su ombligo, si es que acaso

tenía ombligo. Enseguida se dividió hacia cada extremo de las caderas, dibujando sobre su piel de metal un trazado luminoso que recordaba una letra «Y» invertida.

Un par de segundos después de que la línea desapareciera hacia su espalda, Nefertiti inició su apertura. Y no era un robot, su exterior era un traje, una especie de armadura o capullo en cuyo interior no apareció un alienígena verde y escamoso, sino una mujer.

La diosa egipcia extraterrestre era una humana tan simple y común como mi esposa o mi hija. De unos cuarenta y cinco años de edad, tal vez menos. Ojos azules, mirada triste y piel morena, con el cabello negro y mal recortado. Tres llamativos lunares de sangre le bajaban por el cuello y se perdían en el borde de la camiseta blanca que le cubría el pecho y que no era muy distinta a cualquier sudadera que Leticia o yo teníamos en casa.

–El aire ya es respirable –Nefertiti habló, moviendo sus labios, como cualquiera de nosotros–, deberían quitarse esos barbijos, siempre es mejor conversar mirando los gestos, las expresiones no verbales alrededor de esta zona del rostro –hizo un óvalo con su mano izquierda, alrededor del mentón, por debajo de su nariz, grande y ligeramente respingada en la punta.

Leticia fue la primera que se quitó la mascarilla, luego seguí yo y finalmente Jaime. Martita nos imitó, pero mi mujer la detuvo.

–No, los niños no.

–Hágale caso a la mamá –le dije a mi hija que continuaba pegada a mí–. ¿Mejor así? –le pregunté a Nefertiti.

–Sí, mejor así –confirmó ella–. Y ese no es mi nombre –todos me miraron. Ella sonrió y se tocó la cabeza, indicándome que efectivamente podía leer mis pensamientos–. Aunque mi nombre es lo que menos importa.

–¿Y qué es lo que importa? –preguntó Leticia.

–Usted –fue directa la mujer que en mi imaginación continuaba llamándose Nefertiti.

26

Fue un leve ruido a nuestra espalda, como el crepitar de una rama seca al ser pisada. De manera instintiva y defensiva, nos volteamos. Desde el túnel hacia el oriente de la línea 1, por detrás de la cortina de agua sucia, se acercaba un grupo de resucitados o mutantes, como los había llamado Jaime. Muertos vivos o vivos muertos, los que estaban quemando los alrededores de Santiago, los que ahora nos bloqueaban las vías de escape. Mi hermano intentó sacar nuevamente su arma, pero lo frené con la mirada.

–Ellos también son parte del trato –se explicó Nefertiti–. No deben preocuparse, están aquí para que ustedes entiendan lo que vine a ofrecerles. No les harán daño, lo prometo. Ellos no hacen daño, solo obedecen nuestras órdenes.

–¡¡¡Una de esas cosas entró a mi casa y trató de atacarme!!! –gritó Leticia, cada vez más cerca de una histeria tan explosiva como justificada.

–No pretendía atacarla, Leticia. Se ven intimidantes, pero no hacen daño, solo cumplen con su misión. Si Alberto –me miró– no hubiese disparado, la historia habría terminado de forma muy distinta y nos habríamos ahorrado esta situación.

–¡Esta situación! –repetí yo.

–Me hubiesen raptado a mi hija y a mí –prosiguió mi esposa.

–Efectivamente, Leticia, eso hubiera ocurrido.

–¿Y le parece que un secuestro no es algo malo?

–No precisamente…

–¡Queman casas, secuestran mujeres! –esta vez yo levanté la voz.

–Debe construirse un contexto, un orden para cada evento… Y el secuestro es el contexto para salvarla a usted y a todas las mujeres y niñas de Santiago con el propósito de que cumplan una misión más

grande y relevante. La más grande y relevante para todos, tanto para ustedes como para nosotros.

Nos miramos con Leticia.

–¿Me permiten hacerles una pregunta? –nos vio a los ojos Nefertiti.

–Hágala –Leticia seguía llevando la posta de la situación.

–¿En qué año estamos?

–¿Cómo que en qué año estamos? –me burlé.

–Eso, Alberto, ¿en qué año estamos?

–Estamos... Estamos... –era extraño, comencé a dudar–.Estamos... Son dos años después de la pandemia del COVID-19.

–Tres –me corrigió Jaime.

–Perfecto, dos o tres años después del Coronavirus. ¿En qué año estamos?

–Estamos…

–¿No puede contestar, verdad? –Nefertiti arrugó la frente– ¿Leticia? –Mi mujer me miró, confundida–. ¿Jaime? –Él trató de hablar, pero no pudo–. ¿Niños? –bajó el tono de su voz–. ¿En qué año estamos?

–¿Papá? –me miró Martita confundida.

–¿Aliro? –la mujer dentro de la armadura volteó hacia nuestro guía. El expastor simplemente se encogió de hombros.

–¿No pueden contestar, verdad? –los ojos de Nefertiti parecían leernos–. No saben en qué año estamos, de hecho ni siquiera lo han pensado porque es primera vez que escuchan esta pregunta. ¿Qué hicieron para año nuevo?

Esta vez yo miré a Leticia. Por más que traté, no fui capaz de recordar cómo habíamos pasado el Año Nuevo. Sabía qué tipo de celebración era, pero no podía visualizar cómo lo habíamos festejado, si es que alguna vez lo habíamos hecho.

–Algo más simple, Leticia –Nefertiti continuó–. ¿Cuál es tu apellido?

–Yo, mi apellido… Yo soy Leticia… Leticia… –balbuceó mi mujer sin poder terminar.

–¿Y el de ustedes, Alberto y Jaime, cuál es su apellido?

Busqué a mi hermano, él me buscó a mí, tal vez la rutina que más se había repetido desde que la supuesta Nefertiti había venido por nosotros. Vi hacia Aliro, el viejo se había sentado en los andenes norte de Las Rejas, junto a sus hijos, ellos tampoco tenían apellido.

–Martita –la mujer le habló a mi hija–. ¿Cuándo estás de cumpleaños?

Otra vez mi hija me miró, yo levanté los hombros con los ojos húmedos.

–Tampoco sabes cuándo está tu hija de cumpleaños, ¿verdad, Alberto? –se dirigió a mí–. Ni siquiera tienes certeza de cuándo tú, o todos los que te rodean, están de cumpleaños. ¿Y del pasado? Solo chispazos, ¿verdad? Universidad, matrimonio, luna de miel, vida de casados, un primer hijo que no nació... ¿Pero y los detalles? Las fechas exactas, los lugares precisos. Parientes más allá de un abuelo. O padres que son solo eso en la memoria, padres, sin nombres ni apellidos... Otra pregunta, Alberto. ¿Usted mató a un hombre hace unos días? ¿A uno de ellos? –indicó hacia los resucitados.

–Sí... –dudé.

–¿Alguna vez antes había usado un arma?

–No.

–¿Imaginó que era tan fácil?

No respondí.

–Igual que en una película o como en un videojuego. ¿Y el sentimiento de culpa? ¿Cómo fue que, a los días de matar a un hombre, aunque hubiese sido un resucitado o un mutante, como Jaime los llama, le hubiese dado exactamente lo mismo? Es decir, lo enterró… Lo enterraron –miró a Leticia y a Jaime–, en el patio de la casa.

Los ojos de Martita me observaban llorosos desde mi regazo.

–¿La ciudad estaba en crisis, cierto? –no era necesario responder–. ¿Por qué entonces no había policía ni militares en la calle?

–Sí los había –me apuré en contestar.

–¿En serio, Alberto? Estaban ahí o crees que estaban ahí. ¡Una familia cruzando Santiago en estado de sitio y sin ser detenidos! Lo pregunto de nuevo, ¿dónde estaba la policía y los militares?

–La radio –balbuceé.

–¿Qué radio, Alberto? ¿Hubo algún programa distinto en la radio, tras el día diez después de la nevada?

–¡Qué mierda! –reaccionó Jaime.

–Permítanme otra pregunta colectiva –siguió la extraña–. ¿Qué los llevó a dejar la comodidad del hogar para aceptar así, de la nada, venir con un extraño por los túneles del metro en busca de algo que

jamás tuvieron claro? ¿No es raro en personas tan estructuradas como ustedes?

Leticia abrazó a Matías.

–¿Miedo? –nos preguntó la mujer–. Si fuera por miedo –se contestó de inmediato– lo más lógico habría sido permanecer encerrados dentro de esa casa que bien supieron blindar. Ni agua ni alimento faltaban… ¿Fueron los días, cierto? Días iguales unos a otros, días que pasaban como si no existieran… Días próximos que no tenían nada de próximos días… ¿Hay días que no recuerdan, verdad? Una noche nevó por primera vez y luego de golpe habían pasado diez días y luego dieciocho, veintitrés y veintinueve… ¿Recuerdan qué pasó el día tres o el catorce? ¿Existieron esos días, hubo día veinticuatro después de la nevada?

–¿Quiénes son ustedes? –esta vez pregunté.

–Humanos, como ustedes… Genéticamente soy idéntica a Leticia, pero con la ventaja evolutiva que dan los años de adelanto. Poco más de dos mil años si he de ser exacta.

–¿Vienen del futuro? –preguntó Jaime.

–No podemos venir del futuro ya que no se puede viajar por el tiempo. La variable espacial es muy compleja, si nos moviéramos hacia atrás no encontraríamos la posición exacta de la Tierra y la salida sería en un punto medio en el vacío.

–¿Entonces?

–Entonces estamos en el futuro, Jaime. En el año 4046, si me permite ser exacta.

Es extraño ese instante en que resulta imposible creer lo que te están contando, aunque lo estés viendo. Mierda, ¿cuál es mi cumpleaños?

–Tampoco estamos en la Tierra…

–¿Dónde estamos? –hice la más obvia y necesaria de las preguntas.

–En el interior cóncavo y rotatorio de una nave generacional o colonia espacial en forma de cilindro de setecientos cincuenta y tres kilómetros de largo, donde se reconstruyó gran parte de América del Sur y sus ciudades según la realidad de inicios del siglo veintiuno.

–¡Setecientos cincuenta y tres kilómetros de largo, eso es como Chile! –pensé en voz alta.

–La geografía de Chile inspiró el diseño y desarrollo de las colonias, de hecho al prototipo se le llamó *Chilenia Class*. Acomodar espacios urbanos y millones de habitantes en un espacio largo y estrecho era

más práctico y factible que hacerlo en ruedas o esferas masivas, que fueron otras propuestas.

–¿Colonias, hay más?

–Somos doscientas naves idénticas flotando en el vacío del cosmos a once años luz de donde se encontraba el Sistema Solar.

–Yo… Yo… –tartamudeé.

–¿Se encontraba? –preguntó extrañada Leticia.

–Está bien –siguió la mujer–, llegó el momento de entender por qué están donde están y por qué ha sucedido lo que ha sucedido en los últimos siete días de sus vidas, que ustedes han percibido como si fuera un mes.

Martita me apretó la pierna.

–Tranquila, mi amor –le dije en voz baja, mientras Nefertiti continuaba hablando.

–Nova Palomar, septiembre de 1960, el día en que supimos que a la Tierra y al Sistema Solar le quedaban menos de quinientos años de vida.

27

–SN 1572 –continuó su relato Nefertiti–, también conocida como supernova Tycho, fue descubierta en 1960 por científicos del observatorio de Monte Palomar en California. La historia oficial es que se trataba de los remanentes de la misma nova identificada por el astrónomo danés Tycho Brahe, en noviembre de 1572. Una estrella que colapsó y explosionó a siete mil quinientos años luz de la Tierra.

–La misma cantidad de años en el pasado –interrumpí a la mujer.

–¿En serio? –me preguntó en voz baja Martita.

Le guiñé un ojo, Nefertiti sonrió.

–Sin embargo, la verdad era muy distinta. La supernova descubierta no era SN 1572, sino SN 1960, rebautizada primero como Nova Palomar y luego, extraoficialmente, como Vishnu, la destructora de mundos. La estrella no había colapsado tan lejos del sistema solar –Nefertiti subrayó la última frase–, apenas a unos cuantos miles de años luz de nuestra posición estelar. Atraída por nuestro Sol, convertido en un imán gravitacional de tamaño desproporcionado, una ola de materia y antimateria comenzó a desplazarse hacia nuestra isla cósmica arrasando con todo lo que encontraba en su paso.

–Hasta que nos impactó alrededor del año 2500 –concluyó rápido Leticia, recordando el inicio de la confesión de Nefertiti.

–El 2507 –precisó Nefertiti, mientras sus dos compañeros permanecían inertes dentro de sus armaduras negras–. Los poco más de cinco siglos que mediaron entre el descubrimiento y el fin del mundo fueron aprovechados para crear un plan de supervivencia e incluso de defensa ante la ola de Vishnu. Todo se coordinó a través de un gobierno mundial secreto, surgido al amparo de las Naciones Unidas, dirigido por un comité que se hizo llamar AMÉN, por su significancia bíblica y por el anagrama de «Amenaza Encubierta» en castellano. A lo largo del siglo veinte, AMÉN mantuvo la Guerra Fría como cortina, también inventó y organizó países que funcionaran

como un gran laboratorio para armas y técnicas de sobrevivencias. Supieron manejar la atención de las masas mediante religiones, comunicaciones, ideologías de mentira como el capitalismo y el comunismo, y hacia ya entrado el siglo veintiuno a través de redes sociales y pandemias de todo tipo. Una inmensa tapadera para cubrir lo que realmente estaba pasando: sabíamos la fecha exacta del fin del mundo.

–¿Y qué sucedió finalmente el 2507? –esta vez fui yo quien preguntó.

–Mamá, ¿qué pasa? –interrumpió Matías.

–Nada, mi amor –le contestó Leticia, mientras Nefertiti se hacía cargo de mi cuestionario.

–Nos tocó el dedo de Dios, pero eso no fue lo peor.

–¿Y qué fue lo peor? –habló mi esposa.

–La naturaleza humana, Leticia. Para mediados del siglo veintidós, la existencia de Vishnu comenzó a filtrarse. Al rumor de que grupos económicos estaban construyendo arcas espaciales en la órbita lunar se sumaron otras dos preguntas, por qué y para qué. Las redes no tardaron en hacer su trabajo, mejor que el espionaje. Por ejemplo, se reveló que las grandes extracciones mineras tan combatidas por organizaciones ecológicas eran en realidad refugios subterráneos para quienes no pudieran abandonar la Tierra. La rabia y el resentimiento se alzaron contra AMÉN, las Naciones Unidas y otros grupos de poder. Por primera vez una revolución mundial contra los privilegiados. Cayeron corporaciones multinacionales, países, estados y la economía del planeta se fue a cero. El horror llevó a la desesperación, la desesperación al odio y el odio a la guerra. Puede sonar irónico, pero la certeza del fin del mundo aceleró el fin del mundo. Nos hicimos trizas con bombas atómicas y armas biológicas. La peor de todas, un desarrollo de los chinos llamado Zero-X, la invención bélica perfecta para acabar con civilizaciones completas. Un virus en el aire y en el agua que anulaba el cromosoma X. Las hembras en gestación de todas las especies nacieron muertas: animales, plantas, personas, todas el mismo destino. El sexo hembra desapareció en cosa de años. Un planeta entero sin mujeres biológicas, condición que afectó también a las no binarias. Claro, para entonces la reproducción asistida era tan real como funcional y la raza humana perduró con machos engendrando machos…

–Pero usted es hembra –apuntó Leticia ante lo que resultaba evidente.

–La esperanza se llamaba *Utnapishtim*, una nave colonia que había

sido enviada en absoluto secreto hacia el espacio profundo alrededor del año 2200, con objeto de que la especie humana perdurara a su destrucción. AMÉN seleccionó cuarenta parejas humanas y ochenta de diversas especies animales y vegetales para la misión. En tanto la ola Vishnu nos alcanzó, esta arca se encontraba lo suficientemente alejada del sistema solar como para sobrevivir al impacto.

–¿Qué pasó entre la extinción de las hembras y el fin del mundo? –insistió mi mujer.

–¿El fin del mundo? –me miró Martita.

La besé en la frente.

–La población de la Tierra se había reducido en casi un 60% y seguía en baja. Los esfuerzos se concentraron en construir grandes colonias generacionales, como esta, con el objeto de sacar a cuantos fuera posible lejos de la Tierra antes del 2507. Para cuando Vishnu arrasó con el sistema solar, arrastrando a todos los planetas interiores contra el Sol, un 20% de la humanidad, todos hombres, se encontraban navegando hacia el sistema binario de Épsilon Eridani, rumbo al cual aún viajamos.

–¿Y la nave con mujeres? –pregunté con la voz temblorosa.

–Dimos con la *Utnapishtim* hacia finales del siglo veintiocho, doscientos años tras abandonar la Tierra. De las veinte mujeres durmientes en el arca, once no sobrevivieron al despertar y otras tres presentaron malformaciones genéticas. Las seis restantes no fueron usadas para gestar hijas, sino como material base para una clonación masiva. Las llamamos las Eva Próxima. Usted y yo, Leticia, somos descendientes de ellas…

–¿Por eso nos secuestran?

–En realidad las cosechamos…

–¿Cosechar mujeres? –el tono de mi mujer era tan apesadumbrado como indignado.

–A pesar de los esfuerzos de este experimento y del éxito de las Eva Próxima, la raza humana no ha conseguido recuperarse, del total de la población apenas un 30% es femenino.

–Y se requiere que sea un 70% para que una civilización se perpetúe, eso me enseñaron en la universidad.

–Entre un 70% y un 80% en realidad. Menos y somos una especie en extinción. Optamos por transformar las colonias en granjas de seres humanos Inmediatos, donde lo más valioso son las hembras.

–¿Inmediatos? –cuestionó Jaime.

–Para diferenciarlos de nosotros, los Próximos –sonrió Nefertiti–. Años de evolución natural y asistida nos permitieron desarrollar facultades que ustedes llamarían extraordinarias. Dones que por otro lado nos han forzado a vivir en ambientes de gravedad cero, bajo la superficie de las colonias. Ese es el motivo por el cual debemos usar exoesqueletos como esta armadura –tocó su traje.

–¿Qué tipo de facultades extraordinarias?

–Puedo leer tu mente, Jaime…

–Inmediatos y Próximos, en otras palabras, nosotros somos ovejas y ustedes dioses –miré a Aliro.

–No sería tan severo –Nefertiti habló con lentitud.

–Tiene sentido, un hombre de Dios al servicio de los dioses –seguí viendo a nuestro guía.

–Se lo dije, perdí la fe en Dios, la reemplacé por fe en la humanidad… La nueva humanidad.

–La nueva humanidad –repetí y luego miré a la mujer del futuro–. Entonces, gracias a esas facultades extraordinarias nos controlan a los Inmediatos.

–Cada tanto alteramos la normalidad –pensé en la nieve de verano–, aprovechándonos de las creencias, mitos y religiones para así...

–Cosecharnos... –Leticia completó.

–No hay otra alternativa, es eso o la extinción de la humanidad. Te necesitamos Leticia… A ti y a Martita, como base genética para procrear más mujeres. Es eso o desaparecer como especie –fue majadera–. Podría dejarte acá con Alberto y que todo siguiera como si nada, pero…

–¿Y qué pasa con los otros, los raptados, como Emiliano o el vecino de la esquina? –la interrumpí–. Mis hijos vieron cuando se los llevaron –abracé a Martita.

–La idea del rapto de los justos nos ha resultado útil para cambiar personas de una colonia a otra, cuando hay problemas de sobrepoblación o falta de la misma.

–¿Y los animales?

–Hace más de mil años que ya no hay animales reales, solo réplicas que extinguimos de cuando en vez para usarlos de señal de control.

–Nos controlan con mitos…

–Es el método de gobierno más eficaz en la historia de la raza

humana. Así era en la antigua Tierra, así es acá, en las colonias. Religión, ideologías, teorías de conspiración, folklore, cambios de paradigma, enfermedades. Todo no es más que una ilusión para mantenerlos en movimiento, felices incluso. ¿Aún recuerdan el COVID-19, verdad?

Jaime y yo asentimos.

–¿De dónde vino el COVID, de China, de Asia…?

Jaime y yo la miramos.

–¿O las revoluciones en Santiago de Chile de hace un par de años? ¿Por qué fueron? ¿Chile despertó, despertó a qué, por qué y para qué?

–Una simulación –subrayó la madre de mis hijos.

–Necesaria para la supervivencia de nuestra especie…

–¿Entonces vienen por mí y por Martita? –habló Leticia.

–Lo hacemos cuando fracasan los…

–Resucitados –dijo Jaime.

–Buen nombre –reconoció Nefertiti–, tanto como Nefertiti –me sonrió.

–¿Y qué pasa si decido no ir?

–Puedes continuar con tu pareja y con Jaime, salir del túnel y ver lo que hay más allá de Estación Pajaritos…

–No me refiero a mi vida…

–Se perdería tu línea genética y la de tu hija, que es un eslabón en la gran cadena para recuperar a la raza humana.

–¿Y la pérdida de ese eslabón, del eslabón Leticia? –precisé en mi pregunta.

–Quiebra la cadena, nos atrasa en cien o más años, lo que a la larga…

–La extinción.

–No será mañana, ni pasado, ni en un siglo, pero sí en cosa de un milenio… Tal vez no consigamos llegar a Épsilon Eridani.

–¿No soy la primera en esta posición, verdad?

–No. Y eso es lo curioso de nuestra especie, más allá de si son Inmediatos o Próximos… Siempre hay un caso como el tuyo, o como el de ustedes –nos miró–, una familia que busca una tercera vía y nos obliga a revelar la verdad…

–Y alguna de esas mujeres, de esas hijas, como yo o Martita –me

miró–, ¿se ha negado, es decir, ha preferido continuar con los suyos?

Uno de los compañeros de Nefertiti se acercó a la líder del grupo y abrió su armadura. Del interior del exoesqueleto emergió una mujer joven, de no más de diecisiete años, con los ojos café claro y el cabello rojo y desordenado. Pecas abundantes enmarcaban un rostro tan triste como frío.

–No, nunca se han negado –respondió la joven.

–¿No hay hombres, verdad? –preguntó mi mujer, con los ojos quebrados–. Los Próximos son las Próximas, de ahí lo de Nova Próxima. El cromosoma X es lo único necesario para la supervivencia y evolución de una civilización. El Y es solo el arroz del plato.

La joven de diecisiete años y Nefertiti contestaron con una sonrisa.

EPÍLOGO

28

Me dejé caer sobre las rodillas y abracé a Matías, tratando de que el calor de mi cuerpo no solo lo cobijara, sino también calmara su llanto. Inútil. Imposible. Hipócrita. Mentiroso. Cómo podía calmar el llanto de un niño de cinco años si yo mismo no había podido dejar de llorar. En otra vida le habría prometido que todo iba a estar bien. ¿En otra vida? Jamás pensé que ese lugar común pudiese en algún momento definir tan bien el presente estado de las cosas.

–Tranquilo –me atoré con un sollozo.

Matías estrechó su brazo y escondió su cabeza contra mi cuello.

–No quiero mirar…

–No mires –le susurré al oído.

–¿Va a volver?

–Sí, va a volver –le mentí.

–La mamá de Emiliano nunca volvió.

–Era otra mamá –sorbí mis mocos y tensé mis músculos, para que mi hijo evitara sentir que estaba temblando.

–Emiliano tampoco volvió.

–Pero tú mismo me dijiste que Emiliano iba a estar bien… Que así lo creías.

–Martita y yo lo dijimos… –rompió otra vez a llorar.

–Llora, llora tranquilo…

–¿Y Martita?

Cerré mis ojos y escuché en mi cabeza el grito de mi hija cuando nos separaron:

–Tienes que ser fuerte, mamá te va a cuidar –le dije a Martita con cariño, mientras ella luchaba por no soltarse de mis piernas y yo por no quebrarme. El fuerte debía de ser yo, ese era mi rol en la geometría

de las cosas. Abrí con cuidado sus dedos y la liberé. La dejé ir oyendo como su llanto se fundía con el de Matías, en tanto Leticia me entregaba al más chico de la casa y me daba un beso largo de despedida. «Mamá», «papá», se repetían cada vez más agudo, mientras la mujer con la cual había compartido los últimos once años de mi vida me tocaba la mejilla con dulzura, me limpiaba las lágrimas y me convencía de que no había otra manera; que el fin era más importante y que no iba a poder continuar sabiendo lo que se nos acababa de revelar.

–Sabes cómo soy, Alberto. El deber ser me pesa más que lo emocional.

Le contesté con un ademán.

Entretanto, sentí cómo la calma tomaba la forma de la palma de mi hermano que caía despacio sobre mi hombro.

–Hasta siempre, cuñada –dijo él.

–Cuídalos, Jaime –nos encargó ella.

Abracé a Matías, cubrí su boca para callar sus gritos y bajé la mirada para no contemplar cómo se llevaban a mi hija y al amor de mi vida.

«Deber ser», pensé y apreté el puño con rabia.

–Alberto –escuché a Nefertiti hablarme, cuando los chillidos de Martita se habían enmudecido.

Abrí los ojos, solo estábamos ella, Jaime, Matías, Aliro, su hijo y su sobrino. La luz era opaca y los viejos túneles de la línea 1 del metro habían vuelto a ser eso, los viejos túneles de la línea 1 del metro.

–¿Qué quieres? –creo que la traté de tú por primera vez.

–Hay algo que puedo ofrecerte para calmar tu dolor… Y el de todos –miró a mi hijo y a mi hermano.

–¿Olvidar?

–¿Cómo supiste? –no pudo evitar torcer otra sonrisa.

–Quizás también puedo leer la mente, quizás también soy un Próximo –mantuve mis ojos en ella–. O quizás simplemente recuerdo que hace un rato le ofreciste lo mismo a Leticia. Facultades extraordinarias –subrayé con ironía, mientras me tocaba la frente.

–Puedo ayudarlos –insistió ella–, paliar el dolor a partir del olvido, que regresen a casa como si nada.

–¡¿Como si nada?! –seguí fijado en ella–. ¿Como si Leticia y Martita jamás hubiesen existido?

Nefertiti no me contestó.

–Prefiero el dolor al olvido. Y creo que contesto por todos –apreté a mi hijo que no paraba de temblar de pena.

–Curioso es el comportamiento humano –habló la mujer del futuro–. Siempre es lo mismo, nadie elige olvidar. Ni tú, ni Leticia, ni todos los que vinieron antes que tú… Antes que ustedes.

No le respondí.

–Aliro –Nefertiti miró a nuestro guía–, llévalos fuera de la ciudad.

–Sí, señora –respondió el exhombre de Dios.

Nefertiti o como se llamara, volvió a cerrarse dentro de su armadura y luego, mediante un momentáneo destello de luz sólida, desapareció, dejando un pequeño orbe amarillo flotando bajo la arcada del túnel.

–Mamá –balbuceó Matías, mientras la cara se le manchaba de mocos chorreantes.

–Alberto, sígame –habló el viejo guía, y junto a su hijo y sobrino se adelantaron hacia el interior del corredor ferroviario que nos separaba de Pajaritos. Fue lo último que dijo en el resto del trayecto.

Nos abandonaron al llegar a los andenes de la estación. Sin abrir la boca, el pastor evangélico nos indicó que continuáramos el camino a través de las vías que se abrían al más perturbador, fascinante e increíble de los horizontes. El resplandor diurno de valles verdes que se curvaban dentro de un cilindro cóncavo de más de setecientos kilómetros de largo que se desplazaba junto a una flota de navíos similares en busca de una estrella binaria donde tal vez íbamos a encontrar un nuevo mundo.

Tal vez, solo tal vez.

–¿Hacia dónde ahora? –me preguntó Jaime.

–¿Ves ese lago? –indiqué con mi frente–. Leticia diría que debemos buscar agua.

29

–Tengo miedo –susurró Matías con voz temblorosa.

–¿Te acuerdas de lo que decía mamá cuando te daba miedo?

Movió la cabeza consintiendo.

–Que pensara en cinco cosas que me gustaran.

–¿Cuáles son las cinco cosas que más te gustan?

–¿Te las digo, papá?

–Dímelas.

–Los dinosaurios –fue enumerando–, el Colo-Colo, nadar, *Fortnite* –su respiración se fue calmando– y *Star Wars*…

–¿Te acuerdas del *Mandalorian*? –seguí bajándolo. Mi hijo asintió–. Así será nuestra vida de aquí en adelante, una larga aventura. Yo seré el Mandaloriano y tú serás Baby Yoda.

–Baby Yoda se llama Grogu, papá –se tragó los mocos–. Pero me gusta más Baby Yoda.

–A mí también –le desordené el pelo–, es mucho mejor nombre Baby Yoda.

–Y el Mandaloriano se llama Din Djarin.

–Entonces yo seré Din Djarin.

–¿Y vamos a tener una nave? –levantó la mirada.

–Podríamos conseguir una –le sonreí.

–¿Y de dónde vas a sacar una armadura mandaloriana?

–Por ahí compraremos una… –una lágrima bajó por mi mejilla izquierda, aparté un poco la cara para que Matías no se diera cuenta.

–¿Pero me prometes que te sacarás el casco?

–Promesa, por la fuerza…

–No pues, papá, solo los Jedi dicen lo de la fuerza. Los Mandalorianos hablan del camino.

–Este es el camino –recordé. Matías volvió a sonreír.

–Entonces si tú eres Din Djarin y yo Baby Yoda, ¿el tío Jaime puede ser Boba Fett?

–Buena idea, preguntémosle. Oye, tío Jaime, ¿quieres ser nuestro Boba Fett?

–Por supuesto –Jaime se limpió las lágrimas–, todo tiene que ver con *Star Wars* como decía un amigo.

–¿Con armaduras y naves? –preguntó mi hijo, sin mirar a su tío ni a todo lo que nos rodeaba.

–Con armaduras y naves y robots –suspiró mi hermano, acercándose.

–Y sables de luz y pistolas láser.

–Todo eso.

–¿Papá, tío? –Matías se había animado un poco–. Tal vez debamos buscar a una Ahsoka Tano.

–Esa será tu misión, sobrino –Jaime le dio un beso en la nuca a mi hijo–. Encontrar a Ahsoka o a Luke Skywalker.

–O a Luke Skywalker –repetí yo.

–No soy cobarde, papá –Matías me miró a los ojos.

–No lo eres. Yo también tengo miedo, es normal tenerlo.

–Y yo mucho miedo –Jaime le apretó el brazo derecho.

Mi hermano lloraba como no lo había visto llorar desde que Isidora se fue de su casa y me confesó su terror a quedarse solo. Terror a quedarse solo, otra frase que de lugar común se convirtió en una angustiante realidad.

–Piensen en cinco cosas –nos aconsejó el más chico del grupo.

–En eso estamos –le devolví la mirada a mi hermano.

Encima nuestro, hacia el hemisferio de las antípodas de la nave generacional, un agujero se abría como un ojo en el falso cielo, a través del cual alcanzábamos a ver el vacío del espacio.

–Alberto –habló Jaime, mirando hacia la nada–. ¿Eso que brilla en el centro de la oscuridad?

–Sí…

–Es más grande de lo que imaginé.

–Mucho más grande.

Santiago de Chile.

Octubre 2020 – Febrero 2021.

EX LIBRIS

Próximos días fue publicada originalmente en formato de capítulo semanal y por entregas en el e-zine *Neura* del desaparecido sitio web Virtualia.com, entre agosto y diciembre de 2002. El cambio de línea editorial y de propietarios de *Virtualia* dejaron inconclusa la historia, de la cual extractos aparecieron en el blog Fortegaverso.Blogspot.com (2006) y los libros *CHIL3* (Ediciones B, 2009) y *Confinamiento* (Cathartes Ediciones, 2020). Dieciocho años después de su aparición original, el autor decidió revisarla, terminarla y editarla con Zig-Zag.